



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA
DE AGUASCALIENTES

INVISIBLES

Reflexiones sobre la corrección de estilo

Camilo Ayala Ochoa

DE LIBROS

INVISIBLES

Reflexiones sobre la corrección de estilo

Camilo Ayala Ochoa



INVISIBLES

Reflexiones sobre la corrección de estilo

Camilo Ayala Ochoa

DE LIBROS

INVISIBLES

Reflexiones sobre la corrección de estilo

Primera edición 2021 (versión electrónica)

D.R. © Universidad Autónoma de Aguascalientes
Av. Universidad No. 940
Ciudad Universitaria
C.P. 20131, Aguascalientes, Ags.
editorial.uaa.mx/

D.R. © Camilo Ayala Ochoa

ISBN 978-607-8782-56-7

Hecho en México / *Made in Mexico*

A mi esposa Leonor: luz y respiración.



Índice


A modo de presentación	13
Preludio	15
El diablo como escrutador	19
La invisibilidad del corrector	23
Los yerros que vos enmendáis gozan de cabal salud	33
Perlas públicas	39
Más vale pálida tinta que brillante memoria	47
Literatura trastabillante	53
Errar hasta la muerte	63
Fe de erratas	69
Buscando un elixir para la incultura	75
La UNAM como gran correctora	81
Espinos y abrojos. Situación laboral de los correctores	89
Leyes del trabajador editorial <i>freelance</i>	99
Coronamiento	101



*La inútil perfección
de buscar el silencio
su verbo vive en mi carne.*

Gustavo Cerati
Verbo Carne (1999)

A modo de presentación



He tenido la fortuna de haber dedicado mi vida laboral a una de las actividades más hermosas que pueden existir: la de trabajar en el mundo de los libros. Soy de formación en educación y luego pude respaldar la experiencia acumulada en el ámbito editorial con un posgrado (virtual cuando aquello se antojaba casi irreal), ofrecido por la Universidad de Salamanca. Todo esto, con el respaldo de la Universidad Autónoma de Aguascalientes, mi alma mater y espacio de labor.

El desempeño en el departamento Editorial me ha dado la oportunidad de conocer a personas muy valiosas tanto por su experiencia, por sus conocimientos, como por su generosidad; y hablo de autores, de compañeros de trabajo y, desde la Red Nacional Altexto, de colegas de otras universidades.

En el ámbito editorial suelen encontrarse multifacéticas esferas formativas: desde médicos, pedagogos, historiadores, comunicólogos, filósofos, literatos, etcétera.

Sólo recientemente, van apareciendo los posgrados en Edición, afortunadamente, para garantizar la profesionalización. Sin embargo, en diferentes sellos editoriales, tanto privados como universitarios, a lo largo del tiempo se han venido publicando libros que hablan de libros. Y es que hay tanto por compartir para garantizar una equidad y un basamento de criterios que garanticen los procesos que conlleva hacer un libro, que sabemos que como Universidad nos corresponde cumplir también con esta responsabilidad de contribuir a mejorar el oficio del editor.


Es un orgullo y un honor para la UAA, iniciar una Serie titulada "De Libros" con *Invisibles. Reflexiones sobre la corrección de estilo*, de la autoría de Camilo Ayala Ochoa, actual funcionario de la Dirección General de Publicaciones y Fomento Editorial de la UNAM. Un libro que, como su nombre lo indica, va dedicado a muchísimas personas que, tras bambalinas, cuidan y hacen su mejor esfuerzo, callado y discreto, para que un libro salga lo más pulcro posible: los correctores.

Camilo tiene un estilo con muchos calificativos: es un erudito y como buen historiador, le gusta rescatar datos que van desde lo insólito hasta lo inefable; pasajes históricos exquisitos, datos interesantes; sus textos y conversatorios son todo lo que se puede uno imaginar, menos insulsos y desabridos. Siempre hay datos y conocimientos nuevos que aprenderle. Y en *Invisibles. Reflexiones sobre la corrección de estilo*, no falta ninguno de esos aderezos.

El libro se compone de un Preludio y trece apartados. El lector encontrará un documento ameno, y los correctores o quienes nos hemos dedicado alguna vez de lleno a esta tarea, encontraremos mucho, muchísimo más: también empatía, comprensión y reconocimiento. Encontraremos nuestro reflejo.

Martha Esparza Ramírez
Jefa del Depto. Editorial UAA

Preludio



Vine a pasar mi infancia en un apartamento con más dignidad que hacienda, de persianas de rejilla cerradas y desbordado de libros en anaqueles empotrados a los muros, y rodeado por barcos. Buques había en mosaicos enmarcados, óleos colgando de la pared y modelos de madera a escala. Cuenta una leyenda novohispana que una hechicera nativa de la veracruzana Ciudad de los Treinta Caballeros, conocida por ello como Mulata de Córdoba, trazó con carbón un velero en la pared y lo abordó para escapar de presidio, y ése fue mi sueño: trasladarme por mares calmos o tempestuosos. La combinación entre el mundo del libro y rutas de bajel me ha acompañado siempre. Infancia es destino. Soy historiador por formación y editor por profesión, es decir que en algún momento de mi vida, sin propósito ni expectativa, me embarqué en el mundo de los libros. La mayoría de las lecturas de un historiador son por gusto; al contrario, un editor lee cotidianamente lo que se le presenta. El primero lleva una brújula y un derro-

tero y el segundo, por lo general, explora y pesca al acaso o se compromete con lo que el destino manda atracar en su área, sin importar tema y estofa. Comoquiera, en uno y otro caso, dice bien un dicho marinerero: “Si sales a navegar no te canses de preparar”. Todo en el quehacer editorial es aparejo, de eso se trata: leer, ordenar y corregir. Se corrigen textos y se va remendando el oficio. Pues bien, me propongo hablar aquí de lo que me han enseñado los correctores de estilo, esos guías y vigías que, como reza otro adagio marino, cuando cierran un ojo abren el otro.

Los marineros, a lo largo de la historia, han manejado un lenguaje complejo. Hubo tiempos en los que se hablaba de arboladuras, jarcias, flechaduras, cabullerías, cabrestantes, cuadernas y varios términos que ignoran los profanos, pero otros han trascendido su uso. Cuando a un marino lo enviaban “al carajo” quería decir que, como castigo, lo atarían en lo alto del palo mayor donde sufriría vértigo. Al carajo se mandan fastidiosas personas y situaciones. “Salvarse por los pelos” remite a la costumbre de los navegantes de dejarse crecer largo el cabello para que en caso de caer al agua, una mano rápida los pudiera asir. Barlovento y sotavento son palabras musicales; y nos recuerdan la labor del corrector de estilo que a veces debe revisar jergas especiales, como las que empleó el escritor William H. Hodgson, quien es quizá el mejor narrador de obras del océano llenas de inexplicados sonidos, monstruos titánicos, bestias humanizadas, tentáculos misteriosos, hongos parásitos, naufragios ineludibles, mares de sargazos y calmas chichas.

De Hodgson me intriga mucho la novela *La casa en el confín de la Tierra*, que por cierto no es náutica, editada por la casa editorial Valdemar en su maravillosa colección El Club Diógenes. Durante 2008, esa colección renovó su diseño y cambió su formato de 11 x 17 centímetros a 12 x 19, situación que al principio me incomodó, porque la guardo según un orden numérico en mis librerías, pero agradecí que conservara ciertas características de legibi-

lidad como un ritmo espaciado, papel ligeramente beige y letras recias con patines. *La casa en el confín de la Tierra* fue el primer número de El Club Diógenes que leí en el nuevo formato. Es el diario ficticio de quien ha sido sitiado por horrores inconmensurables y es llamado Recluso. En la introducción al ficticio manuscrito encontrado en 1877 en las ruinas del pueblo de Kraithen, al oeste de Irlanda, Hodgson hace que el descubridor revele que vagó por frases rígidas, pero “al poco rato dejé de encontrar errores a los que achacar la brusquedad del estilo”. Esto nos enseña la labor del corrector que es de comprensión. Limpiar la voz del autor no es un trabajo mecánico, es un arte.

Los libros de Valdemar son bellos y están hechos con rigor pero, de repente, uno observa que falta alguna letra, algún artículo, alguna preposición, y éstas son cuestiones que debería subsanar un corrector. Sin embargo, esos errores hacen que sus libros sean entrañablemente cercanos. También pasa en libros de editoriales del mismo prestigio como la Universidad Nacional Autónoma de México, la Universidad de Guadalajara, la Universidad Veracruzana, el Fondo de Cultura Económica o Gustavo Gili. *Errare humanum est*. En un cartón del inigualable Quino figura esa frase en el dintel de la entrada de un quirófano para gran aflicción de los pacientes que entran en camilla. Durante 1626, para decapitar a Henri de Talleyrand-Périgord, conde de Chalais, quien había conspirado contra el Cardenal Richelieu, un inexperto verdugo realizó 29 hachazos; y un penado Thomas Cromwell tuvo que sufrir pacientemente los tajos de quien algunas fuentes describen como un andrajoso que realizó deplorablemente su oficio. *Errare humanum est* debió marcarse también en el mango de las hachas de los torpes sayones.

Para corregir los errores están los correctores. Decía Juan Bosch que “lo primero que debe aclarar una persona que se inclina a escribir cuentos es la intensidad de su vocación”. Así también, lo primero que debe poseer un corrector es la vocación de cuidar y enmendar, no por

el placer de encontrar errores pues eso sería tanto como disfrutar por el dolor ajeno, sino de pulir. Un viejo corrector repetía la frase de san Agustín: “Si corriges, corregirás con amor”. Al contrario, hay quien saborea los disparates y hasta los divulga. No hay un privilegio corrector-autor que impida revelar las comunicaciones mantenidas entre ellos, pero el corrector tiene el deber de guardar con celo todo lo que encuentra. En ello le va su nombradía.

El gran editor Carlos Lohle en su libro *Presencias y experiencias*, cuenta que Gilbert Keith Chesterton perdió el tren durante su viaje de bodas por detenerse a tomar un vaso de leche donde habitualmente se lo compraban cuando era niño y después adquirir un revólver para defender a su consorte el resto de su vida. Durante ese viaje, Chesterton le escribió a Lohle: “Tengo una mujer, una cuerda, un lápiz y un cuchillo, ¿qué más puede hacer falta en una luna de miel?” De manera análoga, el corrector de estilo necesita una cuerda, un lápiz y un cuchillo, para extender el texto, para marcarlo y cortarlo, pero sobre todo, requiere el estar enamorado de su labor, el ser un permanente lunamielero.

El diablo como escrutador

En 1492, Gerlach von Breitbach, abad benedictino del monasterio de Deutz, le solicitó a Johannes Trithemius, abad del monasterio de Sponheim, la elaboración de un opúsculo para enseñar a los monjes las virtudes de copiar textos y animar a los amedrentados que veían que la imprenta se expandía. Escribió *Elogio de los amanuenses* donde dice que los copistas eran muy minuciosos, que comparaban la copia con el original y si cometían errores, los corregían con atención.

En efecto, los monjes copistas del Medievo batallaban contra los errores y las omisiones. Con una mano sostenían el cálamo y con la otra una espátula. Había monjes que cotejaban la copia con el original y se llamaron correctores porque borraban y corregían. Su labor era *librarium menda tollere*, eliminar los errores de los amanuenses: saltos, transposiciones, simplificaciones o repeticiones. Las incorrecciones, cuando no se podían raspar y sustituir sin demeritar el folio, se subpunteaban, es decir se les colocaban puntos suscritos, o bien se cancelaban con un sub-

rayado. También, para señalar su inactividad, ponían las sílabas *va-* al inicio del yerro y *-cat* al final. El término latino *vacat* viene de *vaco*, libre, desocupado, desierto. Los añadidos y las correcciones se fijaban, con signos de llamada, en el interlineado o se apostillaban. Los *scriptorium* de mayor autoridad tenían expertos que llegaban incluso a contar el número de palabras y letras del manuscrito modelo y el de su reproducción para compararlos y percibir una falla y, al terminar, la señalaban con alguna de las siguientes palabras: *emendavi*, *contuli* o *correxí*. Esa revisión acontecía antes de ilustrar los folios, que era la etapa previa a la encuadernación.

Así como actualmente se habla de los duendes de imprenta como productores de erratas, los monjes medievales atribuían la ceguera ante el descuido a un personaje oscuro y temible. Existió desde el siglo IV la creencia en diablos que espían a los humanos cuando rezaban para hallarlos en falta. Julio González Montañés encontró en estrofas sobre los deberes de los eclesiásticos, compuestas por Guillermo Raymond, obispo de Aniane de 1190 a 1196, la referencia a un demonio que llena libros con las incorrecciones en las rogativas de los monjes:

Qui bene non dicit Horas, Deus honc maledicit:
Syncopa vitetur versus non anticipetur
Donec finitus omnino sit bene primus
Scribit defectus horarum daemon ineptus:
Quotidie multos valet ex his scribere libros.

En 1220 Jacques de Vitry en sus *Sermones vulgares* expuso a un diablo que especialmente portaba un saco donde recaudaba las palabras olvidadas de los monjes en la escritura, la lectura y la atención que se debía guardar hacia los lectores utilizados durante los oficios religiosos y en otras actividades. Otros estudiosos continuaron hablando de esas entidades notariales, es decir que daban fe de los errores: Cesáreo de Heisterbach en *Dialogus miraculorum* o *De*

miraculis et visionibus sui temporis (1230); John de Garland, conocido como Juan Ánglico, en *Miracula beatae Mariae virginis, sive Stella maris, sive Liber metricus*, probablemente de 1248; Étienne de Bourbon en *De septem donis Spiritus Sancti o Tractatus de diversis Materiis Praedicabilibus*, escrita entre 1250-1261; y Vicente de Beauvais en *Speculum maius* también llamada *Imago mundi* o *Bibliotheca mundi* (1473). El teólogo Guillermo de Auvernia en su *De universo creaturarum*, escrita entre 1231 y 1236, llegó a comentar que había un diablo que decía llamarse Tintillum y cuya labor era recopilar las minucias que los monjes olvidan al recitar los salmos por falta de atención y negligencia. Durante 1285 el franciscano Johannes Guallensis, John Waleys o John of Gales, en su *Tractatus de penitentia* recogió el nombre de esa entidad como Titivillus, apelativo que remite a la bagatela o lo fútil. Gales describió a Titivillus como un coleccionista de trozos de salmos, de los que se dejaban de pronunciar o de escribir.

Aunque otras fuentes lo llaman Tutivillus o Tintillus, Titivillus fue representado como un gigante, un mono o un pordiosero cojo. Se trata de un demonio erudito y políglota que junta pruebas de letras, palabras u oraciones olvidadas, remplazadas o mal dichas y las muestra como denuncia en el juicio de las almas. Escucha las oraciones y acude a la liturgia para anotar las distracciones y perezas de mujeres y hombres, en particular el pecado de impuntualidad. Lleva un saco, cesto o esportillo que debía colmar con mil errores cada día para registrarlos en un libro de pruebas. En el siglo XV los pedidos de libros eran tales que los errores ortográficos, de fechas, de nombres, se multiplicaron y a Titivillus se le adjudicó ser el provocador de esos errores. Cuando se introdujo la imprenta, ese demonio dejó de atormentar a los amanuenses y dedicó su atención a los tipógrafos y a los cajistas.

A veces han tratado de redimir al diablo. Por extrañeza que parezca, Titivillus también fue visto como patrono de los escribas y calígrafos porque en su afán de hacer mal-

dades los monjes evitaban caer en el error y, además, si el diablejo provocaba los errores eso quitaba algo de responsabilidad al copista y por tanto lo eximía. Titivillus no era el único diablo que tenía que ver con textos. Cabaliel jugaba con los eclesiásticos que leían y les hacía saltar páginas, cambiaba los renglones de sitio y alteraba las palabras o las frases para que expresaran blasfemias. Se dice que Pedro Ciruelo, el Gran Inquisidor de Aragón autor de *Reprobacion de supersticiones y hechizerías: libro my vtil, y necessario a todos los buenos christianos* (1538), detectó a Cabaliel y lo encerró, pero el demonio logró escapar al hacerlo leer al revés la frase *per omnia saecula saeculorum* y decir *muroluceas aluceas ainmo rep*.

En la Edad Media, la tinta roja estaba compuesta con bermellón, minio o púrpura y se empleaba en los títulos o encabezamientos de capítulos, así como en advertencias que señalaban el nombre de quien las escribió, por lo que esos nombres se llamaron rúbricas. Rúbrica viene de *rubber*, rojo, como también las palabras, rubí, rubio, rubicundo y ruborizar. Un *rubricator* insertaba los títulos, siglas, colofones e indicaciones con una tinta roja, que es el color del fuego productor de luz. Un *illuminator*, iluminador o miniaturista, decoraba los manuscritos a veces con ayuda de un coloreador que entintaba los elementos ornamentales. Se rubrica, pues, alegóricamente con sangre lo que se escribe y edita. Son tintas especiales.

Algunos grimorios, libros de magia, eran escritos con tinta roja sobre pergamino negro. Eran libros para leerse a la luz de las hogueras; y pronunciarse sólo en medio de círculos de protección. Existen conjuros que se escriben con tinta enrojecida por sangre o sangre pura de inocentes, la llamada tinta roja planetaria. También se dice que los pactos con el diablo se firman con sangre de la mano izquierda. Son estas tintas, tintas terribles. Quizá debido a sus evocaciones escalofriantes o porque la tinta roja significa sabiduría, los correctores de estilo la prefieren sobre la demás para hacer su trabajo.

La invisibilidad del corrector



Qué hace un corrector? Roberto Zavala Ruiz, autor de *El libro y sus orillas. Tipografía, originales, redacción, corrección de estilo y de pruebas*, hace un repaso de las responsabilidades de ese profesional del libro. El corrector revisa que el material esté completo y ordenado; elimina faltas de ortografía y sintaxis; advierte errores de conceptos y párrafos oscuros; da uniformidad a la obra en cuanto a presentación de notas, fichas bibliográficas, cuadros, etcétera; comprueba la correspondencia de llamadas y notas, en texto y cuadros, lo mismo que de los datos en notas y bibliografía; así como elimina cacofonías, extranjerismos innecesarios, frases hechas, repeticiones inútiles. Un corrector, pues, se encarga de limpiar y verificar la coherencia.

A los párrafos oscuros se les califica así porque no se entiende su sentido, están desvinculados o son ambiguos, es decir que pueden dar lugar a dos o más interpretaciones. Por ejemplo, hay un error común de no dar la información completa por pensar que todo mundo tiene

el mismo nivel de conocimiento. Es el caso de textos sobre historia donde se obvia el nombre de los protagonistas y sólo se da su apellido y, por ejemplo, cuando se habla de un militar Díaz como gobernador de Oaxaca no se sabe si es Porfirio Díaz, Félix Díaz Mori o Félix Díaz Prieto. Existen autores, sobre todo de libros académicos, a los que les gusta meter en aprietos a los lectores. Piensan que entre menos se entienda lo que dicen, entre más rebuscados sean, pueden ser más admirados.

Podemos definir al corrector en negativo, es decir diciendo lo que no es o no debería ser. Un corrector no es un coautor anónimo oscuro o fantasma. El corrector ni puede completar un texto ni puede adivinar las intenciones del autor. Alguna vez un investigador universitario, cuando le devolvieron su texto, fue a gritar con zafiedad que él hacía suficiente con presentar el guion para un libro, que no tenía tiempo de redactar. No reparaba que entre más protestaba, peor quedaba ante la comunidad. Prometeo, del blog *Miserias literarias*, decía en la entrada “Correctores de estilo”, del 21 de marzo de 2007, que el corrector “tampoco es un profesional que reescribe páginas y páginas tratando de embellecer la prosa empleada por un autor con el fin de mejorar el estilo de los textos”.

Hay varias clases de corrección y las editoriales suelen pagarlas de distinta manera. La corrección de estilo se aplica a un texto para atender su legibilidad e inteligibilidad. Durante la corrección ortotipográfica se enmiendan los resbalones de ortografía, equivocaciones de teclado y fallos de diagramación. En la corrección de pruebas o de galeras se afina el modelo que será enviado a impresión y se examina para evitar los errores de maquetación. La labor es acumulativa, de tal manera que aquel que realiza corrección ortotipográfica se fija en cuestiones de estilo y quien hace corrección de pruebas vigila la calidad de la corrección ortotipográfica y de estilo. Hay otra clase de correcciones: la de conceptos y la técnica. La primera se realiza para ubicar los aspectos que hay que explicar

mejor o reescribir. El corrector o lector técnico es un especialista que analiza la jerga del oficio o la profesión de la que trata el libro.

Actualmente existe, además, la figura del *beta reader*, *betareader* o pre-lector que va más allá de la corrección gramática. El *beta reader* interviene el texto para mejorarlo, es decir lo cambia ostensiblemente. Los autores que utilizan esta clase de colaborador escriben sin reparar en huecos que llenará el revisor. Esta figura es una evidencia de que la corrección ha cambiado mucho. Varias editoriales trabajan solicitando la corrección con control de cambios sobre Microsoft Word. También hay software, propietario o gratuito, que facilita el trabajo y abrevia los plazos de entrega. Están los programas Language Tool, Spanish Checker y Lorca Editor que son básicos, y Scrivener y Stilus, que tiene mayor complejidad. *Adobe InCopy* es una herramienta que permite crear y editar documentos de texto ya formado en InDesign. También hay diccionarios en línea o herramientas como Word Reference que es muy útil. Enclave RAE es una plataforma de la Real Academia Española ligada a diccionarios académicos. En los nidos de antaño, no hay pájaros hogaño.

Los correctores de estilo, correctores de materiales o correctores de originales leen atentamente para escamondar los textos. Revisan la ortografía de las palabras, lo que tiene que ver con el proceso de lexicalización, y la ortografía de las frases, lo que se refiere a la linealización u organización del sentido del pensamiento y a la puntuación que marca el grado de conexión o ruptura entre sintagmas y entre proposiciones adyacentes. Deben quitar anacolutos, anfibologías, cacofonías, impropiedades, pleonasmos, silepsis y solecismos; y vigilan que no se usen vicios de redacción como el anantapódoton, barbarismo, blablismo, cosismo, dequeísmo, gerundismo, queísmo, mismismo, muletillas, noísmo o tautología. Los correctores de estilo pueden cambiar, omitir y en ocasiones redactar nuevamente un párrafo. Más allá de ese

trabajo, los correctores de estilo aplican las reglas de la casa editorial en uso de acreditaciones, citación, bibliografía, mayúsculas, abreviaturas, unidades de medida, numerales, antropónimos, topónimos, gentilicios, cursivas y otras cuestiones.

Ahora viene un consejo. Es conveniente, muy conveniente, que el corrector de pruebas verifique el índice del libro. Circulan algunos libros que mencionan un capítulo que se suprimió o que cambió de lugar o título o remiten a las páginas de una formación superada. A veces, de último momento, se renombró la obra y no se cambiaron las referencias en los textos preliminares, en las cornisas o, lo más dramático, en los forros. También es recomendable verificar la paginación. Hay problemas que incluso no se notan en la etapa de imposición, que es el modo de distribuir las páginas en los pliegos para impresión, sino hasta que el libro está encuadernado.

Los correctores se comunican con el editor, el formador de la publicación o la imprenta mediante símbolos estandarizados. Los signos de corrección vienen usándose antes de la imprenta, pero fueron mejorados con el uso de cajas tipográficas y se dividen en tres clases: llamadas, signos y señales. Las llamadas señalan una letra, palabra, frase o lugar que tiene que corregirse. La misma llamada puesta en el margen en la misma línea indicará dónde y cómo hacer una sustitución. La llamada puede remitir por medio de un signo a una operación (suprimir, abrir espacio, quitar espacio, juntar espacio, poner sangría, poner letra o número en subíndice, poner letra o número de tipo volado, etcétera). Las señales se indican dentro del texto para solicitar algo (aumentar interlineado, reducir interlineado, poner líneas en blanco, igualar el espaciado, separar letras, dar punto y aparte, poner punto y seguido, alinear por la izquierda, quitar sangría, centrar, recorrer texto, etcétera). También hay indicaciones tipológicas para que las letras cambien a mayúsculas, minúsculas, cursivas, versales, versalitas, negritas, etcétera.

La gran lingüista Emilia Ferreiro dijo en una entrevista que le hizo Nora Veiras, publicada en *Página 12* el 29 de septiembre de 2003, que “revisar es lo que es propio de una escritura responsable”. Y es cierto que escribir implica reescribir, reexaminar y corregir; sin embargo, todos los autores necesitan a un corrector de estilo, incluso los correctores de estilo metidos a autores. Es poco recomendable corregir uno mismo sus propios textos. El autor considera las ideas y no la forma y leer varias veces el mismo texto llega a saturar al lector y los errores se ocultan en lo obvio. Los ojos se nublan. Gardner Botsford, que fue por 40 años el editor de la revista *The New Yorker*, hablaba de cinco reglas de oro de la edición. Una de ellas dice que los buenos escritores se apoyan en los editores; no se les ocurriría publicar algo que nadie ha leído. Por el contrario, los malos escritores hablan del inviolable ritmo de su prosa, son autosuficientes.

Nos decía Concepción Company Company en una charla, como parte del Taller de Procesos Editoriales organizado por los editores de la coordinación de Humanidades de la UNAM, efectuada en el Instituto de Investigaciones Estéticas, que “corregir es quitar identidad, pero también es vender más”. Los correctores deben grabarse en la mente la frase: ante todo no hacer daño. Ésa es la traducción de la locución latina *Primum non nocere* de Hipócrates que utilizan los médicos y se refiere a la responsabilidad ética de evitar todos los errores, incluso los involuntarios. Los correctores tienen esa misión: evitar errores y respetar el discurso de los autores. Todos sabemos que hay correctores problemáticos. Unos gustan de hacer repostería, adornar el texto de tal manera que su autor no lo reconoce. Incluso incorporan ideas de su propia cosecha. Otros despedazan el texto cual carniceros y le quitan el sabor, el aroma, el color, el alma, la viveza. Lo pasan por una criba donde pierde mucho, tanto que el texto se estandariza. Con justa razón, varios escritores llaman a este tipo de correctores “asesinos de las letras”. Tanto el ampliar como el

podar un texto son cuestiones que tienen que ver con sobrecorrección. Jorge Luis Borges opinó de *Cien años de soledad* de Gabriel García Márquez que era una gran novela, pero que con cincuenta años hubiera sido suficiente. Lo bueno, para todos, es que Borges no fue el editor de García Márquez.

Julián Marías comentaba que si alguien hubiera tenido bondad, talento, destreza y acierto para evitar la guerra civil en 1936, España no lo hubiera venerado ni puesto en la lista de sus glorias y nadie guardaría la menor gratitud a ese genio; porque si se hubiese eludido la guerra, nadie creería que iba a producirse. No hay reconocimiento por el infortunio evitado. Sostengo que han existido en la historia esa clase de héroes que han sorteado desdichas, que supieron prever, que no han apagado incendios sino que no han dejado que sucedan, que no tienen una estatua con un sable en la mano por ganar una batalla con hambre y en desventaja, que no grabaron su nombre sobre una placa metálica porque refrenaron su orgullo a tiempo. Esa heroicidad la vive el corrector que si hace bien su trabajo pasa inadvertido o etéreo en el intrincado mundo tras bambalinas de la edición, igual que el retoque de una fotografía en la portada de una revista, igual que la costura de una buena encuadernación, pero si hace mal su faena se advierte y a fe que se nota mucho.

Miguel Ángel Asturias en el artículo "Novelistas no, hechiceros" publicado en *El Nacional* de Caracas, el 19 de agosto de 1970, pensaba los signos como recreación de lo real: "El trabajo del novelista. Hacer visible lo invisible con palabras". Los correctores hacen lo contrario: no deben ser perceptibles. Un viejo corrector decía que su trabajo era del todo sanitario: inodoro, incoloro, impalpable y silencioso. Ninguna otra mano debía notarse en el trabajo del escritor.

Cuánto hemos escuchado que a un libro o a un escritor le hace falta un buen corrector; pero no reparamos en exclamar ¡qué bien corregido está este libro! La razón

más evidente es que los lectores no tienen el manuscrito para contrastarlo; pero en muchas ocasiones entre lo que entregan los escritores y lo que se publica median caminos procelosos. Roger Chartier nos previene que: “Los autores no escriben libros, escriben textos, que son convertidos en libros por los editores”. Lo que no dice es que buena parte de esa transformación es por el corrector. Ya Gabriel García Márquez en *Vivir para contarla* declaró que el escritor y el gramático son oficios distintos. En ese libro narra la anécdota del filólogo Andrés Bello que se carteaba con un amigo de ortografía desesperante, quien un día se despidió diciendo “Esta semana le escribiré sin falta”. Bello contestó: “¡No se tome ese trabajo! Escribame como siempre”.

Precisamente García Márquez se distinguió por sus descuidos en la escritura. Es famosa su petición durante el I Congreso Internacional de la Lengua Española que se efectuó en la muy noble y muy leal ciudad de nuestra señora de los Zacatecas en 1997: “Jubilemos la ortografía: enterremos las haches rupestres, firmemos un tratado de límites entre la ge y la jota y pongamos más uso de razón en los acentos escritos”. En *De cuando Vargas Llosa noqueó a Gabo*, Luis Fernández Zaurín nos revela que Arsenio Escolar recibió un texto del colombiano para *El País* y le llamó para comentarle que cinco veces usaba mal el verbo “deber” confundiendo obligación con probabilidad, y el Nobel de Literatura 1982 le gritó: “Pues arrégla-me el primer error para que se sepa que sé usarlo y deja los otros cuatro porque se me pone en los cojones”. Juan Ramón Jiménez tenía la manía de cambiar por *j* la *g* en *ge* y *gi* escribiendo *jente*, *antolójía*. Era una cruzada gramática para él. Sus amigos le decían en befa que una *virjen*, así con jota, dejaba de serlo.

Alfonso Junco escribía, por hispanismo, México con jota. La imprenta corrigió una palabra a Miguel de Unamuno poniendo, como llamada, “ojo: oscuro” y él la rechazó poniendo en el texto “oreja: oscuro”. El escritor polaco Jerzy Andrzejewski publicó en 1962 la novela *Las*

puertas del paraíso, que tiene una sola frase de más de 40 mil palabras sin algún signo de puntuación. Y es que los escritores actúan para con los correctores como Humpty Dumpty, el personaje de Lewis Carroll, quien sentenció: “Cuando yo uso una palabra significa exactamente lo que yo elijo que signifique, ni más ni menos”. Alicia expresó la duda de que se pudiera hacer que las palabras representaran tantas cosas. Humpty Dumpty contestó: “La cuestión es quién es el amo; eso es todo”. Alguna vez un gran editor demostró el mal uso de un signo en un texto de una de las mayores autoridades educativas de México y su secretario, por soberbia, ni lo consultó ni lo aceptó. El editor comentó en esa ocasión: “la coma va donde dice el jefe”.

Nos dice Cristina Núñez, correctora y profesora de corrección en la academia española Cálamo & Cran, que el corrector “es un ayudante anónimo del lector”. Sin embargo, el corrector en muchos casos es más un redactor, un autor negro. En ocasiones los autores sólo mueven los labios. Siempre hay que respetar al autor, hay que ser muy sutiles ante las plumas ajenas, pero esa regla no aplica en quienes no respetan la gramática y la lógica. Hay correctores que se sienten tan responsables ante el texto de un escritor villamelón que, metafísicamente, lo sacan a puntapiés y lo truncan. Si Manuel Puig le dijo a Ricardo Piglia: “No puedo leer novelas de otros porque cuando las leo las corrijo”; podemos decir que un corrector de estilo no puede detenerse ante lo mal escrito.

Sería de justicia que algunos correctores aparecieran como coautores de algunos textos por su ingrato trabajo de pulimiento o destilación. El editor de una revista política dividía los textos en mugre, cochambre y estiércol, según los grados de incuria de sus autores, y nos los daba a sus colaboradores con la indicación de limpiarlos y acicalarlos. Un texto podía tener tal maraña que pasaba por los tres escalones, es decir que iba del estiércol al cochambre y luego a la mugre. A veces se recibían cosas que con

mucha generosidad podían ser honrados como estiércol, pero iban firmados por un diputado o un senador. El editor se reservaba esas columnas que necesitaban más que una limpia, una limpia energética con huevo negro, ramos de pirul, copal y palo santo. Muchos años después, en una presentación de libro, encontré a uno de nuestros autores lamentándose porque antes escribía inmensamente mejor y enseñaba como prueba un artículo que me recordé tratando de remendar y al que incorporé muy buenas frases, notoriamente excelentes. Se las había regalado. La nostalgia me asaltó porque supe con sinceridad que, en efecto, en ese tiempo escribía mejor.

Los yerros que vos enmendáis gozan de cabal salud

George Steiner publicó su autobiografía con el nombre de *Errata, el examen de una vida* usando la palabra “errata” anfibológicamente como la condición de judío errante, del ser trotamundos, y como hombre que se equivoca. El título es acertado. Errata o falta, mochuelo, mosca, trola, desliz, todo señala que se trata de una equivocación. ¿No es acaso nuestra vida una constante enmienda de erratas, una suma de encuentros y arrepentimientos y aprendemos por tropiezos? El hombre es una errata pensante, dice el escritor Joaquim Maria Machado de Assis.

Dicen que antes de morir el gran Marcelino Menéndez Pelayo dijo: ¡Qué pena morir, cuando me queda tanto por leer! Y podemos parafrasearle diciendo: ¡qué pena imprimir los libros cuando queda tanto por corregir! Porque la prisa del escritor por ver en escaparate su obra, la del editor por cumplir con la cuota de producción y la de la imprenta por cobrar el trabajo, va en detrimento de la profunda lectura que a fin de cuentas es la corrección.

El añejo adagio “Compón de prisa y corrige despacio” no va con los tiempos que marca el actual mercado editorial. Hasta Mario Muchnik en *Banco de pruebas* comenta sin concesiones que la corrección es el cuello de botella que provoca todos los atrasos.

Un libro perfecto nos sobrecoge, no es de este mundo. Borges decía que un libro sin erratas no es libro. Luis Miguel Aguilar, quien fue director de la revista *Nexos*, citaba a Mallarmé al escribir que el texto existe para llegar a una errata. Francisco Ayala hizo notar que a la errata “le pasa, como a la primavera, que ‘ha venido y no sé por qué ha sido’”. Andrés Henestrosa las veía también inevitables: “Ahí en donde aparezca una errata aparecerán otras, porque proliferan, paren como conejas”. Nunca van solas. Son tan recónditas como constantes. Un refrán indica que “ni tianguis sin ratas ni libros sin erratas”. Eso da cuenta de que por más que un texto se lea, revise y cuide, la pulcritud parece inalcanzable. Trabajar con libros requiere de mucho rigor, pero también del suficiente estómago para aceptar los errores. El editor Carlos Anaya Rosique dice que hay que aprender a vivir con las erratas. Martí Soler comentaba a un grupo de editores universitarios que una errata cada diez páginas estaba bien.

Fui un tímido estudiante de preparatoria que en las tardes se convertía en un valiente corrector de estilo que la emprendía con lápiz rojo en ristre contra originales y páginas formadas, y no saciaba su afiebrada furia ante negativos montados sobre papel mandarina que leía sobre una mesa de luz interior. A la sombra de la madrugada cambiaba el lápiz por el poder del *cutter* y la cinta adhesiva. Por eso sé en mi corazón que a la errata no se le extermina, se le exorciza. Cuando uno encuentra un gazaipo o un error de dedo regresa a revisar todo desde el principio y eso se vuelve circular. Lo peor es que cuando el libro está impreso y el editor lo abre, es muy posible que encuentre una errata; por eso algunos colegas no quieren ver sus libros recién salidos de imprenta. La vida sigue. Pablo

Castellano Cardalliaguet, el sindicalista español, arguye: “Por una errata no puede tirarse la máquina de escribir por la ventana”. La errata es de quien la trabaja, no del que la descubre, pero la comparten todos. Comoquiera, siempre podemos contestar que el que esté libre de erratas que arroje el primer libro.

La correctora L. M. Mateo escribió en su blog *Delirios & Palabras*, en enero de 2020, el post *La errata y la cruda realidad* donde se lee que “la errata es como la muerte: da clases de humildad sin hacer distinciones”. Es verdad. Cuando se escribe, corrige o edita no hay que perder la cautela. Es posible el tropiezo que nos llene de vergüenza y por eso hay que respetar los pliegos, no bajar la guardia ante ellos. Eugenio d’Ors decía a sus amigos que “quien no quiera polvo de erratas que no vaya a la era de las imprentas”. Es como un viejo encuadernador que decía que cada noche, al salir de la imprenta, se sacudía la viruta de los zapatos y las erratas del sombrero.

Andrés Henestrosa se admiraba de los libros del poeta y tipógrafo malagueño Manuel Altolaguirre opinando que sus erratas se veían muy bonitas porque la errata no daña la tipografía sino a la bibliografía. Las erratas no deben ser un obstáculo para la lectura, e incluso hay publicaciones que tienen en ellas el menor de sus vicios, pero es una lástima que aparezcan entre la savia de los árboles hechos sabia argumentación o en nuestras pantallas. Como dice Ramón Gómez de la Serna, la errata es “un microbio de origen desconocido y de picadura irreparable”. En otra parte el mismo Gómez de la Serna considera que las erratas “son para las palabras como enfermedades infantiles: sarampión, varicela..., que deben pasarse obligatoriamente”. Para el poeta uruguayo Emilio Frugoni eran obra de un “duende maligno y solapado”. Pablo Neruda llamaba a la errata “la caries de los renglones, que duelen en profundidad cuando los versos toman el aire frío de la publicación”. En *Para nacer he nacido*, Neruda distinguió las erratas de los erratones que “no disimulan sus dien-

tes de roedores furiosos". Para Alfonso Reyes, la errata aparece "como si fuera una lepra connatural del plomo", aunque también la llamó una "viciosa flora microbiana, siempre tan reacia a todos los tratamientos de desinfección". En 2020 podemos decir que a la errata, como al coronavirus causante del Covid-19, no se le ve, pero debemos hacer todo lo posible para que no nos atrape.

En 1987 José Emilio Pacheco agregó a su columna en la revista *Proceso* el texto "Posdata sobre la errata" que tenía al entregarlo la oración "La errata es el demonio de la escritura" y que, una vez publicada, trocó inexplicablemente a "La errata es el dominio de la escritura". Titivillus no perdona. Como indica el título de un libro de Carlos López: *Sólo la errata permanece*. A los beatos se les beatifica, a los santos se les santifica, a las erratas se les ratifica. Con Manuel Seco podemos decir: "Las erratas son las últimas que abandonan el barco". Si a gata vieja, rata nueva; entonces las líneas ágata no tienen salvación. La errata subsiste por sobre el espacio y el tiempo. El poeta Gerardo Diego exclamó de lo más campante: "El mundo es una errata. Dios no puede equivocarse, pero sí puede crear de la nada una errata. Y en ella vivimos tan contentos". Mario Benedetti equipara a la errata con un verbo porque tiene pasado y proyección. Así nos dice: "El futuro no es una página en blanco sino una fe de erratas".

El ordenador actualmente lo es todo en el mundo editorial. En la computadora se captura un texto que puede manipularse en un programa editor y luego se inserta en páginas maestras diseñadas para poder formarse tipográficamente y durante todo ese proceso se le puede aplicar la corrección automática. Eso ha originado que en algunos textos se encuentren cambios propios de la literatura fantástica como "asesino cereal" en vez de "asesino serial". "Cruzamos en silencio las aguaderas" se ha trocado en "cruzamos en silencio las verduleras" o en el aserto "la mujer que tiene un pie muy basto" la b labial se cambió a v labiodental lo que mágicamente hizo crecer

al pie áspero. En los nombres esto es más problemático. Podemos mandar un mensaje a la señora Baca diciéndole señora Vaca, situación difícil de explicar. En algunos textos en vez de Martín Quirarte me aparece Martín Quitarte o en lugar de Gonzalo Celorio, Gonzalo Velorio. En una legendaria edición del diario español *El País* la computadora cambió el nombre de García Lorca por Gracia Loca. Sin embargo, Emilia Ferreiro apunta que el corrector automático sufre el mismo rechazo que tuvo la calculadora de bolsillo cuando se profetizó el fin del cálculo, pero ambos son sólo instrumentos y su uso es el que puede llegar a ser inteligente.

¿Es posible que un corrector de estilo acabe en la cárcel? En Perú la respuesta es sí porque un texto escolar para las secundarias oficiales, nada menos que el *Módulo para comprensión lectora 3*, con un tiraje de 928,598 ejemplares, presentó varios errores ortográficos y de concordancia. Un ejemplo es *áerea*. La denuncia la presentó a finales de 2009 el diputado Pedro Santos Carpio y fue más allá del cuidado a la lengua porque hay una denuncia de que los libros se imprimieron en Chile a un costo de 1,75 millones de dólares habiendo en Perú empresas que daban el mismo servicio a menor precio. Al parecer es la vieja historia del servidor público que se embolsa una comisión o favorece a los amigos. El escándalo causó que varias personas se dieran a la tarea de cazar errores en textos oficiales y bien que los encontraron. Varios textos tenían problemas. Hernán Alvarado, profesor de la Universidad Nacional Mayor de San Marcos, anunció un libro llamado *Comunicación cuaderno de trabajo: un desaguisado pedagógico*. El Ministro de Educación José Antonio Chang dijo en marzo de 2010 que las denuncias penales y las sanciones administrativas por los errores estaban en marcha, y que los libros se repartirán con una fe de erratas. Todo el muerto se le quiso cargar al corrector de estilo, el doctor Carlos Garayar de Lillo, que exhibió su incompetencia, como también los que le contrataron y supervisaron. El

problema es de una trascendencia mayor. Tiene que ver con responsabilidad. Un corrector de estilo es un profesional que realiza una actividad especializada pero reporta a un editor que es responsable del cuidado editorial, el que revisa lo que hacen los correctores. Si el corrector debe pagar los platos rotos, también el editor. Pero sabemos que no será así. En la industria editorial y en la función pública la culpa es del vecino.

Perlas públicas



Á

ngel Maza publicó el libro *Los duendecillos burlescos* que reúne erratas periodísticas que son joyas dignas de exhibición, como un encabezado de nota que dice: “De tres etarras han encarcelado a cinco”. Mala charada. El historiador y periodista cubano Emilio Roig de Leuchsenring se dedicó a recopilar erratas y en 1928 encontró el anuncio en un diario sevillano que hablaba de “un chocolate que las monjas del Sagrado Corazón falsifican”, palabra esta última corregida después por *fabrican*. En *La Correspondencia de España* se anunciaba una obra que en verdad era *La oveja descarriada* como *La vieja descamisada*. En la crónica de un banquete obsequiado por Victor Hugo en vez de: “Todos cuantos aquí me rodean...”, lo cambió el cajista, que quizá algo sabía, por: “Todos cuantos aquí mero-dean...”. El escritor chileno Joaquín Edwards Bello publicaba crónicas en el periódico *La Nación* y uno de sus lectores, Hipólito Buenavista, le escribió comentando que coleccionaba erratas. Daba ejemplos como donde decía: “El

Ministro es un brujo para el país”, debe leerse “Él Ministro es un lujo para el país”. Éstos son ejemplos de las calamidades que provoca la velocidad periodística.

Quizás el ejemplo más espectacular de una errata periodística en México se dio el 23 de junio de 1966. *El Diario de México* publicó dos fotografías en una misma plana. Una era un encuentro de la Unión de Expendedores de Gasolina con el líder de la Confederación Nacional de Organizaciones Populares y el secretario general del Comité Ejecutivo Nacional del partido gobernante PRI que tenía como fondo la imagen del presidente Gustavo Díaz Ordaz, y otra un par de simios que había adquirido el Zoológico de Chapultepec. Los pies de imagen se trocaron de tal manera que, se decía de los políticos que habían sido colocados en su jaula y los micos eran representantes de las cúpulas políticas. El gobierno, en represalia, canceló la compra de espacios publicitarios y negó información a los reporteros del periódico, situación que hizo que el periódico tuviera que volverse semanal y luego mensual hasta que en 1971, ya sin Díaz Ordaz en la presidencia, regresara a la circulación normal.

Decía el gran Raúl Prieto, *Nikito Nipongo*, que “la página de nota roja es la sección de sociales de los pobres”. ¿Por qué? Podríamos contestar con el título de un famoso cuento de vampiros de Francis Marion Crawford, escrito en 1905, *Porque la sangre es la vida*. La sangre vende ejemplares. En esa sección podemos encontrar evidencias de falta de escrúpulos. El encabezado más recordado en el periodismo mexicano es *Matóla y violóla* de la revista *Alarma!*, utilizado en otras ocasiones como *Raptóla, violóla y matóla*. Lo cierto es que los diarios sensacionalistas y la nota roja de los periódicos, por lo menos en México, han tenido un pobre cuidado en el lenguaje. Periódicos como *El Gráfico* y *Metro* han vulgarizado sus notas de primera plana explotando el morbo y el doble sentido. Por ejemplo, unos ahogados “Nadan de muertito”, a un vendedor de fruta asesinado le “Exprimen su jugo”, a quienes ultiman des-

pués de beber cervezas “Che-las cobran”, a un ejecutado “Se lo cargan”, de un homosexual que muere en accidente automovilístico dicen “¡Qué p... tazo!” y, lo que me parece la cúspide de lo ordinario, tras los atentados terroristas con bombas que sufrió Bruselas el 22 de marzo de 2016: “La cosa está... de la belga”. Cuando en septiembre de 2018 murió Dolores O’Riordan, vocalista del grupo irlandés The Cranberries, pusieron, con vileza, “Ya es zombi”.

En otras ocasiones la errata es invencible como describe José Esteban en *Vituperio (y algún elogio) de la errata*. En un periódico el encomio a una mujer señalaba a un ministro el deber de recompensarle sus infinitos servicios pero se imprimió “sus ínfimos servicios”. La corrección salió como “sus infames servicios” y una nueva corrección vino a dar como “sus íntimos servicios”. José Esteban también cita que el novelista argentino Manuel Ugarte supo de un periodista que dedicó un escrito a la hija del dueño del rotativo: “Basta escribir su nombre, Mercedes, para que se sienta orgullosa la tinta”, con tan mala fortuna que tinta se trocó a tonta.

Hay erratas en letras de canciones que se quedan sin corrección. Es como en la canción de Ray Parker Jr., tema de la película *Los cazafantasmas* de 1984, dirigida por Ivan Reitman, donde se pregunta “*Who you gonna call?*” y se contesta “*Ghostbusters*”. *Corazón contento* (1968) de Palito Ortega dice: “yo quisiera que sepas que nunca quise así” cuando debía utilizar “yo quisiera que *supieras* que nunca quise así”. En *La fuerza del destino* de Mecano se escucha “Te dije, nena, ‘dame un beso’, y tú contestastes que no”. Sería innecesario decir que lo correcto es “tú *contestaste* que no”.

Las erratas también se invitan a las conmemoraciones. En el Teatro Salón Cervantes de España en 1905 se colocó una placa para conmemorar el tercer centenario de la publicación del Quijote, la obra cumbre en lengua española. Irónicamente en la tapia, de la que sólo quedan fotos, decía Homenage (con ge) de la ciudad de Alcalá

de Henares a su hijo esclarecido. Más recientemente, en 2019, en Valverde del Fresno, un pueblo extremeño, le pusieron a una calle el nombre de Miguel de Hunamuno tratando de homenajear al autor de *Niebla*. Otro imprudente machetazo a caballo de espadas apareció cuando en 1988 el rector Jorge Carpizo entregó las instalaciones del almacén general de libros de la UNAM. A la placa empotrada le falta una letra en una palabra, dice “fue inagurado”. Eso es indicativo del descuido que se dio al fondo y no a la forma. Alguna vez Carlos Castillo Peraza criticaba la falta de planeación de las revistas que llegan al primer o segundo número, y decía: “¡He visto tantas en este país de santísimas primeras piedras y tan pocas inauguraciones!” Y es que preparamos la graduación, el día de la boda o el bautizo sin ver más allá y por añadidura creemos que vendrá el “vivieron felices y comieron perdices”. Ni en ese caso ni en el de la cultura basta con alfabetizar a alguien, con mandar a la escuela a los niños y ver que hagan la tarea; el desarrollo intelectual continúa y debe ser por siempre acompañado, procurado y nutrido.

En México vemos letreros escritos por distraídos que ofrecen “Hielo frío”, “Cervezas muy frías y heladas”, “Kilos de frijol bien pesados”, “Litros de a litro”, “Comida para llevar y comer”, “Comida casera para comer en casa”, “Fotocopias idénticas” e incluso “Libros para lectura”. Otros letreros aclaran cuestiones de un oficio o un establecimiento: “Se pintan casas a domicilio”, “Se colocan vidrios en una ventana por dentro y por fuera”, “Vendo los pies para entrenar”, “Paletería de paletas”, “Librerías de libros” y “Peluquería para gente que quiere cortarse el pelo”. En la colonia San Rafael de la Ciudad de México, donde vive el que esto escribe, una vez alguien colgó el letrero: “Se vende vestido de novia usada”. Es más o menos el caso del anuncio en una pensión: “Cuarto para rentar señoritas”. Uno encuentra extrañas quimeras cuando va al mercado y ve carteles como: “Tenemos panza de res y manitas de cerdo” o raras costumbres gastronómicas con

anuncios como: “Pida huesos de perro”, “Tacos del pastor”, “Carnitas de buen cocinero”, “Pan relleno de muerto” o “Pan de muerto fresco”. Algunos letreros son asesinos: “Liquidación de niños por la otra puerta”, “Eliminamos gente con callos” o “Atendemos mujeres con arrugas para desaparecer”. Ante un letrero que anunciaba que se venden zapatos de piel de niño comenté que seguramente serían de niños criados en cautiverio. Julio G. Pesquera en *La lengua herida* cita una consigna en el Metro de Madrid: “Hay que matar al cerdo de Carrillo”. Alguien apostilló abajo “Carrillo, ten cuidado: te quieren matar el cerdo”.

Bertrand Russell formuló la muy conocida paradoja de la teoría de conjuntos preguntando si existe un conjunto de todos los conjuntos que no pertenecen a sí mismos. Por ejemplo, un conjunto que consta de “libros” no es miembro de sí mismo porque el conjunto en sí no es un libro. Si lo pensamos bien, es inentendible pero real. Es como la descripción del objeto número 1 del *Catálogo de una colección de objetos y artefactos que serán subastados la próxima semana en casa de sir H. S.* publicado en 1798 por Georg Christoph Lichtenberg: “Cuchillo sin hoja, al que le falta el mango”. Pues bien, existen algunos letreros descabellados: “Si usted no sabe leer, solicite ayuda en informes”, “Entre por la salida”, “Suba por la bajada”, “El ascensor sube sólo al segundo piso sin pasar por el primero”, “Venta nocturna desde la mañana”, “Nos cambiamos al lado en frente a la vuelta” o “Si ya pasó, no pase”.

En 2001 la tienda Body Art de Seaside Heights en Estados Unidos fue demandada por Joseph Beahm porque en el hombro derecho se tatuó un hombre acuchillado por la espalda con la leyenda *Why not, everyone else does o ¿por qué no?, todo el mundo lo hace*. Sólo que a la frase le sobraba una e. Éste es un ejemplo de hortografía, con hache, que es según Amando de Miguel, autor de *La perversión del lenguaje*, la ciencia de escribir en las tapias de los huertos. El actor Orlando Bloom se mandó tatuar la fecha y el nombre de su hijo Flynn en el antebrazo derecho,

en código morse, pero al faltar un punto decía Frynn y fue detectado por sus fans al momento de mostrarlo. Fue posible arreglar el desaguisado. Lady Gaga se puso un pentagrama musical con cuatro notas que aludían a su nombre, pero sólo había cuatro de las cinco líneas en el pautaado, lo que pronto se corrigió. El cantante inglés Robbie Williams se tatuó en el pecho *Chacun à son goût* pero él quería en verdad *Chacun ses goûts* (para gustos, los colores). El futbolista David Beckham pidió tatuarse el nombre de su esposa, la Posh Spice de las Spice Girls, en sánscrito, pero le añadieron una letra y quedó *Vihctoria*. La cantante Ariana Grande se puso en la palma de la mano un tatuaje que, según ella, decía, en japonés, *7 rings*, título de su exitosa canción. Tuvo que quitárselo con un procedimiento doloroso porque en verdad decía *Barbacoa japonesa*.

¿Y si la errata viene en el nombre? En ocasión a la cacería y muerte del autor de los atentados del 11 de septiembre de 2001 a distintas instalaciones estadounidenses, muchos hablaron de personajes inexistentes como Obama Bin Laden o Barack Ozama. Los mencionaron en las conversaciones o los escribieron en sus celulares o en Twitter. Incluso, hubo una actriz mexicana de nombre Ninel Conde que mandó condolencias al pueblo norteamericano. Esos equívocos no sólo fueron cometidos por personas de bien y de a pie, sino por medios de comunicación. En la edición digital de *El País* apareció la noticia “Obama Bin Laden ha muerto”; y la cadena Fox publicó un cintillo durante una emisión especial que decía “Breaking News. Reports: Obama Bin Laden Dead”. Otra confusión ocurrió en diciembre de 2018 cuando condenaron por corrupción, transacciones forzosas y uso de información privilegiada al ex viceministro chino de Seguridad Pública Ma Jian. El novelista chino del mismo nombre, que vive exiliado en Londres, protestó porque varios medios digitales usaron su fotografía para ilustrar el suceso. Ma Jian, con humor, dijo que el jefe de espías, no contento con compartir su nombre, le había robado su rostro.

Cuando trabajé en el Instituto Federal Electoral validando credenciales de elector descubrí las múltiples posibilidades que tiene el apellido Rodríguez: con ese, con doble ese, con doble erre, con doble de, con jota, sin la u, con t en vez de d, con diéresis en la u, con hache o con acento en la o. Y es que la imaginación de las personas al escribir lo que escuchan o de los funcionarios del registro civil no tiene límite. Ni la de los padres que buscan en calendarios el santo del día y le ponen a su hijo Anirev por el día de la Revolución Mexicana, Diadaban por el día de la bandera en México o Christmas Day, si usaron un calendario en inglés. De repente en los calendarios encontramos santos extraños como Santa Perpetua Felicidad, San Juan Autista, San Vítor o San Martín de Porras. También hay calendarios y agendas que tienen dos miércoles o domingos en una semana o meses sin algún día. Hay personas que al buscar un nombre famoso y extranjero le pusieron a su descendiente Disneylandia, Guadisnei, Guachintón, Zinger, One Dólar, Larousse Ilustrado, Madeinusa por *Made in USA* o Iloveny por *I love New York*. Hay una mujer que se llama Disney Landia. Algunos padres trataron de inspirarse en nombres de barcos y hay quien lleva por nombre Usnavi porque hubo un letrero US Navy o Estandaroil por un petrolero. Otros nombres proceden de equívocos como aquel mito del ecuatoriano que trabajaba de mojado y le telefonaron para decirle que era padre y alcanzó a decir “le ponen talco al niño” y Talco se llamó.

Existen casos de erratas con consecuencias onerosas. Kris Bryan regresó a su departamento y encontró a varias personas cargando con sus pertenencias. En un diario había aparecido esa mañana: “Todos los objetos que se encuentran en el departamento de la calle Tennessee 1319 serán tirados si nadie los reclama”. Una anciana había fallecido, pero vivía en el 1339 y no en el 1319. Eso pasó en agosto de 2005. Otra cuita. Cuando Carlos Cárdenas Quirós entró a la Academia Peruana de Derecho el 15 de marzo de 2004, presentó el discurso *Las erratas en la*

publicación de las normas legales, que después publicó revisado. En esa revisión cita la noticia “Un dedazo puede costar muchos millones en Wall Street” que apareció en *El Comercio* el 3 de septiembre de 2004. La noticia informa el caso de un operador de Morgan Stanley que “colocó una orden para comprar una gran canasta de acciones valorada en varios miles de millones de dólares, en lugar de decenas de millones correspondiente al precio que quería pagar”. Otro incidente. A quienes redactaron los presupuestos de la Generalitat de Valencia para 2008 no les gustó, por largo, el nombre de la Federación de Asociaciones de Familiares y Personas con Enfermedad Mental de la Comunitat Valenciana: lo abreviaron a Federación de Asociaciones de Enfermos Mentales de Valencia. Sólo esto, tan sólo eso, motivó que los administrativos no tuvieran por varios meses un respaldo documental para otorgar subvenciones a 4,200 familias con familiares con psicopatologías.

Durante el año 2007 comenzaron a circular en los Estados Unidos de Norteamérica monedas de un dólar sin la leyenda *In God We Trust* (En Dios confiamos) que desde 1864 se viene usando. Era un error de acuñación y fueron retiradas no sin antes recibir el calificativo de monedas ateas. Ya antes la casa de monedas estadounidense había lanzado monedas con la errata *In Gold We Trust* (En el oro confiamos). Banxico emitió en 2009 billetes de cien pesos conmemorativos del centenario de la Revolución Mexicana con la frase “Sufragio electivo no reelección” en vez de “Sufragio efectivo no reelección”. En otro billete conmemorativo, Banxico incluyó la imagen de Nezahualcóyotl con un poema que falsamente se le ha atribuido: “Amo el canto del cenxontle,/ pájaro de cuatrocientas voces./ Amo el color del jade/ y el enervante perfume de las flores,/ pero más amo a mi hermano: el hombre.”

Más vale pálida tinta que brillante memoria

Arturo Capdevila en *Despeñaderos del habla* bien dice que no existen errores de imprenta sino erratas. La imprenta sólo multiplica los errores por medios mecánicos o digitales, pero quizá eso no sea tan cierto. Los duendes de imprenta existen.

Después del éxito de *Las aventuras de Tom Sawyer*, Mark Twain fundó en 1884, junto con su agente literario, la editorial Charles L. Webster and Company para publicar *Las aventuras de Huckleberry Finn*. Pensando en obtener grandes ganancias, comenzaron una pre-venta del libro por suscripción. La impresión se retrasó porque Twain se empeñó en trabajar con el ilustrador E. W. Kemble; pero cuando comenzaron a distribuirse los libros, los lectores se dieron cuenta que en una ilustración donde aparecían Silas y Sally Phelps, tíos de Tom Sawyer, hablando con un muchacho, los trazos del pantalón de Silas hacían aparecer un bulto en su entrepierna que semejaba un falo. Tuvieron que hacer una nueva placa, cambiar el pliego, reparar los ejemplares que tenían y tratar de sustituir los que habían entregado. Algunas versiones indican que se reprocesaron 3 mil ejemplares y otras dicen que 30 mil. Las copias con la

ilustración original que sobrevivieron son rarísimas y alcanzan en el mercado bibliófilo un precio estratosférico.

En 1959 el Estado mexicano, bajo la presidencia de Adolfo López Mateos, implementó el sistema del libro de texto gratuito en todas las escuelas primarias del país. Bajo ese esquema los niños mexicanos han estudiado apoyados en un solo texto elaborado, editado y distribuido por la Comisión Nacional del Libro de Texto Gratuito (CONALITEG) de la Secretaría de Educación Pública. El tiraje global de 2016 fue de 182 millones 305 mil ejemplares, lo que representó una reducción de más o menos 30 millones de ejemplares con respecto a 2015. Para el ciclo 2019-2020 el número fue de 176 millones de ejemplares. Es raro que el tiraje disminuya al crecer la matrícula, pero bueno. También es importante señalar que los contenidos de 1960 a 2014 están disponibles de manera electrónica por la aplicación CONALITEG Digital. Además, se encuentran en ese sitio materiales de otros niveles educativos: precolar, primaria, telesecundaria y educación indígena.

La impresión de los libros de texto es designada por medio de licitación pública. Pues bien, en febrero de 2002 CONALITEG escogió a la imprenta Grupo Gráfico Editorial, S.A. de C.V., cuya planta industrial se localiza en el estado de Puebla, para la impresión del libro de matemáticas para tercer grado de primaria con un tiraje de dos millones 950 mil ejemplares y que habría de ser entregado al inicio de los cursos del ciclo escolar 2002-2003. El tiraje fue recibido en los almacenes de CONALITEG en los estados de México y Querétaro después de haber revisado en los ejemplares de muestra, proporcionados por los mismos impresores, que las características correspondieran a las solicitadas. Se remitieron a las 32 entidades federales y cada secretaría de educación estatal los distribuyó a las regiones, se derivaron a los municipios y finalmente llegaron a las zonas escolares. A través de los directores de las escuelas se entregaron a los maestros y éstos los dieron a los alumnos.

En las escuelas de Fresnillo, Zacatecas, los niños de entre ocho y nueve años observaron que al final de los libros venía material gráfico de pornografía homosexual de una revista mexicana fundada en 1994 de nombre *Toys and Boys*. Se trataba de medio pliego, un total de ocho páginas, añadido a la encuadernación desde la página 224 a la tercera de forros. El reparto de libros se suspendió y los paquetes se regresaron a la CONALITEG. Padres de familia, maestros y directores se alarmaron. De inmediato, la Agencia Federal de Investigaciones de la Procuraduría General de la República desplegó un operativo en el país para confiscar todos los libros. El Sindicato Nacional de Trabajadores de la Educación lo consideró “un error sumamente grave”. El gobernador de Zacatecas Ricardo Monreal Ávila no quiso magnificar la protesta. Se ocultó la información a la opinión pública y sólo algunos medios, como la revista poblana *Síntesis*, le dieron seguimiento.

Casi un año después se abrió la averiguación previa 102/03/6ª para deslindar responsabilidades sobre el error en los libros de texto. Se estableció que el director de CONALITEG Jorge Velasco y Félix suscribió el contrato de impresión con Grupo Gráfico Editorial que a su vez subcontrató para la impresión a la empresa Artes Graphos. El entonces director técnico de la Coordinación Editorial de CONALITEG David Villanueva Escabi, encargado de los procesos de producción editorial y el control de calidad de los libros había sido gerente general de Artes Graphos. Sin importar ese conflicto de interés se determinó que la responsabilidad era de la imprenta y que no todo el tiraje tenía esa falla; pero no hubo sanciones ni para la empresa ni para funcionario alguno.

El material pornográfico franqueó una revisión en CONALITEG y no menos de cinco instancias educativas hasta que llegó a las manos de un niño. ¿De quién fue la responsabilidad de esa entrega? El libro pasó por procesos de edición, diseño, impresión, doblez, compaginación, guillotinado, encuadernación y empaquetado, actividades que

no sólo implican elaboración sino revisión, y sin embargo se entregó un material defectuoso. En una imprenta pueden presentarse varios hechos que escapan a un control riguroso como los errores tipográficos, la mala impresión, cambios en la tonalidad del papel, los folios trocados o los forros al revés, pero lo que sucedió es un ejemplo dramático de un duende de imprenta. Los editores de control de calidad de CONALITEG dejaron ir un error que pudieron detectar, pero tampoco lo hicieron, la secretaría estatal, los coordinadores de región, los responsables de municipio, los inspectores de zona o los propios maestros. ¿Por qué tuvo que ser descubierto el problema hasta que el material fue visto por los niños? Esto habla de una perversión del sistema de control educativo.

Un padre es responsable de la formación de sus hijos y debe cuidar de la información que ellos obtienen; se preocupa por lo que leen y ven en la televisión; no permite que estén expuestos a imágenes que atentan contra la dignidad tanto del actor como del observador, escandalicen o perturben. Cuenta con la escuela como aliada y supone que los maestros ven por la formación y el bienestar de los niños y que hay para ello todo un mecanismo de inspección y vigilancia. Esa protección se vio quebrada cuando la escuela entregó pornografía a los niños.

El libro de texto en México es un instrumento esencial para el aprendizaje redactado bajo criterios de unidad, orden, concisión, congruencia y sencillez; y apoyado en un esquema curricular y un aparato didáctico rigurosos. De nada sirve ese esfuerzo educativo si los instrumentos de apoyo al aprendizaje son vulnerados por un error en el medio de comunicación. Es condenable que la escuela haya dejado solos e indefensos a los niños con un material degradante pero debemos considerar que no fueron los temas, la información, la metodología o los recursos didácticos los que fallaron, sino su presentación. Habría que considerar qué tan importante es cuidar del contenido (mensaje) como del continente (medio).

A partir de este suceso se pueden plantear varios problemas como el inconveniente de tener un libro de texto único bajo el criterio de autoridades educativas. El hecho de que un error evidente y claro en la impresión puede repercutir en todo el sistema educativo nacional es indicativo de su fragilidad. Hay elementos más sutiles como los contenidos o el estilo de escritura que pueden influir también en forma negativa. Es el caso de los libros de historia en México que desde hace años han ofrecido una visión simple y parcial que enseña a los niños que el pueblo mexicano estaba prácticamente esclavizado durante la época colonial y que la Reforma significó una liberación. ¿Cuántos padres revisan lo que expresan los libros de texto?


En 2013 el secretario de educación Pública Emilio Chuayffet comentó que había errores imperdonables en los libros de texto gratuitos. Una investigación encontró 117, algunos geográficos como ubicar a Tulum en Yucatán. La población de San Rafael aparece como san Rafael, sin mayúscula. En el libro de español había esta frase: “En este apartado se indica como realizarás la última revisión y corrección del texto”. Falta el acento en *cómo*. Hay errores ortográficos y pleonasmos como “parvadas de aves”. Joaquín Díez Canedo, entonces director general de la Comisión Nacional de Libros de Texto Gratuitos preguntó ¿cuánto son 117 errores en 117 palabras de 100,000? El 99.9% es correcto y es un grado de exactitud importante. Tenía toda la razón. Desde entonces han tenido más cuidado, pero en 2018 apareció en el texto Matemáticas de segundo grado de primaria una ilustración de una mano con seis dedos.

Si pensamos cuántas personas intervinieron en un libro para escribirlo, revisarlo, dictaminarlo, editarlo, corregirlo, diseñarlo, maquetarlo, formarlo, cotejarlo, montarlo, imprimirlo, doblarlo, alzarlo, refinarlo, encuadernarlo, almacenarlo y distribuirlo, podemos pensar que no es posible que entre tantos ojos se filtren erratas y sin embargo aparecen. Hay erratas de tremendas consecuencias. En abril de 2010 se detectó en Australia que *La biblia de la*

pasta daba una receta del tagliatelle con sardinas y jamón serrano sazonados con sal y, en vez de pimienta negra, personas negras recién molidas, ingrediente difícil de obtener, además de políticamente incorrecto. No sabemos si hubo mayor escándalo ante el racismo culinario o el canibalismo, sin embargo la editorial Penguin Group estableció el costo de la reposición de siete mil ejemplares en 18 mil dólares, pero no retiró los ejemplares ya distribuidos.

Otro ejemplo sensacional es una guía de la UNAM publicada por el año 2010 en segunda edición. Se trata de un libro impreso con selección a color sin acentos en su interior. ¿Cómo pudo pasar eso? La imprenta recibió los archivos electrónicos que estaban en un programa editor, y o los abrió mal o los copió a un disco duro sin las fuentes. El vacío de acentos no se detectó al hacer las cuatro placas, montarlas en la prensa, vigilar la impresión, dar visto bueno a los pliegos, doblar y alzar la impresión, encuadernar y guillotinar, retractilar cada ejemplar y empacar. Muchos ojos vieron el material y no repararon en que algo estaba mal. Podemos suponer que la sección de producción del área editorial de ese entonces firmó los pliegos y no solicitó unas pruebas de color porque no conocía los procesos técnicos de una imprenta, no tenía experiencia en libros y no leía. El hecho es que la editorial firmó su conformidad con el material. El libro entró a un almacén que remitió algunos ejemplares a las librerías. Días después, el departamento de derechos de autor solicitó una etiqueta para completar los datos en el colofón que requiere el Instituto Nacional del Derecho de Autor para poder comprobar el uso del número ISBN. El diseñador que haría la etiqueta se dio cuenta de la falta de acentos. Los ejemplares fueron recogidos y llevados a una empresa de reciclaje para picarlos y quemarlos. En esa ocasión, se vigiló pudorosa y celosamente el proceso. Mucho dinero del erario se derrochó porque el libro se volvió a imprimir, pero con el colofón nuevamente mutilado que se etiquetó con serigrafía por un nuevo error.

Literatura trastabillante



La corrección comienza con la creación. Blanca Rosa Roca, quien después de una gran trayectoria como editora fundó en 2003 Roca Ediciones, menciona que “un buen autor no es aquel que escribe sino el que corrige”. Stephen King nos proporcionó, de manera generosa, su experiencia en la creación literaria en *Mientras escribo*. Hay varios consejos como el de escribir un borrador y volver a él. En alguna parte expresa que cuando piensa en el ritmo suele acudir a Elmore Leonard, autor de varios libros llevados al cine, “que lo explicó a la perfección diciendo que quitaba las partes aburridas”. Escribir es pulir. Hay una frase que se atribuye a Ernest Hemingway, pero que habla de inspiración y trabajo: “Escribe borracho, edita sobrio”. Escribir es pulir; pero a veces uno regresa al manuscrito tantas veces que nunca termina. A la pregunta, ¿por qué publicamos? Jorge Luis Borges contestó “para dejar de corregir”. Decía Flaubert que corregir mucho es como derribar todo un bosque para hacer un buró. Óscar Wilde se lo tomaba

con gracia: “He invertido toda una mañana en corregir un texto del que, finalmente, sólo he suprimido una coma. Por la tarde, la restablecí”.

La errata puede ser un recurso literario. La errata es parte de la literatura; por ejemplo, Max Aub incluye el texto “Errata” en el libro *Crímenes ejemplares*. “Donde dice: La maté porque era mía. Debe decir: La maté porque no era mía.” Sin embargo, hay equivocaciones que conducen a lugares interesantes. Según lo relata en *La experiencia literaria*, a Alfonso Reyes le gustó el enriquecimiento de sus poemas cuando trocaron “De nívea leche y espumosa” por “De *tibia* leche y espumosa”, “Más adentro de la frente” por “*Mar* adentro de la frente” y “La historia, obligada a describir nuevos mundos” por “La historia, obligada a *descubrir* nuevos mundos”. Para James Joyce los errores eran una oportunidad que enriquecía la narración, eran un descubrimiento, y sus innovadores textos como *Ulises* o *Finnegans Wake* son una muestra. Paradójicamente una moneda de plata con valor de diez euros, acuñada en 2013 por el Banco Central Irlandés como homenaje a Joyce, con una imagen de la escultora Mary Gregoriy, tenía un error en una cita de las primeras líneas del capítulo tres del *Ulises*.

Octavio Paz cuenta en *Sombras de obras* que entregó a Alí Chumacero, para la revista *Letras de México*, una serie de sonetos bajo el título *Crepúsculos de la ciudad*, que por supuesto remitía a *Crepúsculos del jardín* de Leopoldo Lugones. Cuando se publicaron, Paz notó que el verso “yacen, la edad, el sueño y la inocencia” había cambiado a “yacen, ya edad, el sueño y la inocencia”. Cuando lo comentó con Chumacero, el editor exclamó que era una errata afortunada que mejoraba la línea. “Deberías estar muy contento –dijo el maestro Chumacero–: hay que confesar que el azar es poeta a veces”. Por mucho tiempo Paz no aceptó ese gran descubrimiento.

Las erratas son persistentes. El poemario *Huellas* de Alfonso Reyes tenía tantas erratas que Ventura García

Calderón comentó: “Nuestro amigo Reyes acaba de publicar un libro de erratas acompañado de algunos versos”. Por ese trance, el regiomontano universal cayó varios días en cama presa de fiebre nerviosa. Años después Alfonso Reyes describió en una revista el martirio de la esposa de un escritor que no podía escuchar la misa con devoción porque su librito *Horas piadosas* estaba llena de errores como *sentiwientos*, *ofréceros* u *otórrjado* y veía en ello la mano del diablo. Otra vez vemos un guiño a Titivillus. Al transcribir el trozo de ejemplos que Reyes expuso, la imprenta inoportunamente corrigió todos los errores y el relato perdió todo sentido.

Lapsus calami, error o tropiezo involuntario al escribir, los han tenido todos los escritores alguna vez. Muchos creadores han tenido problemas con la coherencia. Miguel de Cervantes, en *El ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha*, da varios nombres a la esposa de Sancho Panza: Juana Gutiérrez, Mari Gutiérrez, Juana Panza, Teresa Cascajo y Teresa Panza. William Shakespeare tenía problemas de anacronismo con el reloj. En *Julio César*, Bruto le pregunta al protagonista “¿Qué hora ha dado ese reloj?” y en *Macbeth* el personaje Fleance comenta no haber “escuchado el reloj”. No existían los pañuelos en los tiempos en que se ubica la historia de *Otelo: el moro de Venecia*. Shakespeare también hace puerto marino a Milán en *La tempestad*.

Corren por varios artículos periodísticos, libros y blogs diferentes perlas ubicadas en *Le musée des erreurs ou le français tel qu'on l'écrit* de Curnonsky y J. W. Bienstock publicado en 1928, y en una recopilación del literato austriaco Max Sengen. Gracias a ellos y a otras personas perspicaces podemos maravillarnos. Honorato de Balzac escribió en la novela *Beatriz* que es parte del ciclo *La comedia humana*: “Empiezo a ver mal –dijo la pobre ciega”. En el cuento *Bola de sebo* de Guy de Maupassant hay un extraña dilatación del tiempo: “Llevaban once horas de trayecto, lo que, con las dos horas de descanso concedi-

das a los caballos, en cuatro ocasiones, para darles avena y que recuperaran el aliento, sumaban catorce". Alphonse Daudet no lo pensó bien cuando incorporó esta frase a *Cartas desde mi molino*: "El duque apareció seguido de su séquito, que iba adelante". Gastón Leroux en *Dramas marítimos* describe, en tono de cotilleo: "La tripulación del buque tragado por las olas estaba formada por veinticinco hombres, que dejaron centenares de viudas condenadas a la miseria". En *Arroz y tártara* Vicente Blasco Ibáñez describe una escena de Manuela Pajares: "Aquella mañana, doña Manuela se levantó con el ceño fruncido". En la primera edición de 1894 la frase salió como: "Aquella mañana, doña Manuela se levantó con el coño fruncido". Miguel Alonso Calvo escribía poesía bajo el pseudónimo de Ramón Garciasol y uno de sus versos decía: "Y Mariuca se duerme y yo me voy de puntillas". Mariuca era su mujer. En la revista *Ínsula* los dedos de quien lo transcribió jugaron una mala pasada porque salió: "Y Mariuca se duerme y yo me voy de putillas".

Daniel Defoe en su *Robinson Crusoe* pone al protagonista a nadar desnudo hasta un barco encallado donde encontró galletas que metió en sus inexistentes bolsillos. El conde de Rochefort, personaje de *Los tres mosqueteros* de Alejandro Dumas, tiene una cicatriz movediza: la describe en la mejilla, en la barbilla y luego en la sien izquierda. Maximo Du Camp se burlaba de su amigo Gustave Flaubert porque en *La educación sentimental* describía un viaje en el Sena como una excursión oceánica. Madame Bovary, según diferentes páginas de su obra, tenía los ojos pardos o muy negros o azules. Hace notar el historiador Gerardo Gervasio Rayón que en el *Don Juan Tenorio* de José Zorrilla, don Luis Mejía y don Juan Tenorio se ven en la hostería de Buttarelli a las ocho de la noche y el protagonista pasa revista a sus correrías, bebe con sus amigos, apuesta a doña Ana de Pantoja, discute con el padre de doña Inés, se encara con don Diego Tenorio, su propio padre, es apresado por alguaciles, comparece ante el alcaide,

secuestra a Mejía, intriga con Brígida, soborna a la criada Lucía y se cita con Ciutti en las puertas del convento a las nueve de la noche. León Tolstoi pone a Natasha Rostova de *La guerra y la paz* con 17 años en 1805 y con 22 años en 1809. Arthur Conan Doyle hace decir al doctor John H. Watson, el asistente de Sherlock Holmes, en *Estudio en escarlata*, que durante la segunda guerra anglo-afgana, en la batalla de Maiwand, lo hirieron en el brazo izquierdo. Doyle en *El signo de los cuatro* habla de Watson con una herida de bala en la pierna.

Las erratas no respetan el calibre de un autor. Christopher Domínguez Michael indica en *Octavio Paz en su siglo* que en *El laberinto de la soledad*, Paz llama la atención de lo que les sucede a muchos mexicanos en el aspecto amoroso, usando un lamento de Swann, el personaje de *En busca del tiempo perdido* de Marcel Proust: "Y pensar que he perdido los mejores años de mi vida con una mujer que no era mi tipo". La traducción verdadera, la de Pedro Salinas, es: "Y pensar que he perdido los mejores años de mi vida por una mujer que no me gustaba, que no era mi tipo". No es lo mismo afligirse con una mujer que por una mujer. Gabriel García Márquez en *Memoria de mis putas tristes* hace decir al nonagenario protagonista: "Si algo detesto en este mundo son las fiestas obligatorias en que la gente llora porque está alegre, los fuegos de artificio, los villancicos lelos, las guirnaldas de papel crespón que nada tienen que ver con un niño que nació hace dos mil quinientos años en una caballeriza indigente". El tiempo de la novela es la década de 1960, cuando ni siquiera se habían cumplido dos mil años de la natividad de Cristo, quien no descansó en una caballeriza sino en un pesebre. Es legendaria la primera edición, de 1934, de *Trópico de Cáncer* de Henry Miller, que contiene numerosos errores. En ella vemos: "Un momento de pánico antes de verlo caminar por el banco a la orilla del mar con la pistola en la mano y la cabeza gacha".

La literatura contemporánea no está exenta de gatzapos. Hay una escena en *El código Da Vinci* de Dan Brown

en la que la criptógrafa de la policía francesa Sophie Neveu se cubre, hasta doblarlo, con el cuadro *La Virgen de las Rocas* que Leonardo pintó para la iglesia de San Francesco il Grande de Milán, pero resulta que la pintura está sobre madera. Flora Tristán, personaje de *El paraíso en la otra esquina* de Mario Vargas Llosa, tía de Paul Gauguin y activista por los derechos de la mujer, pero, al parecer, con problemas en las proporciones, advirtió que en una de sus reuniones tres cuartas partes de los asistentes eran patronos y un tercio obreros. En *El juego del ángel*, de Carlos Ruiz Zafón, al protagonista David Martín se le olvida su nombre y dice que es Daniel Martín. Del mismo autor es *La sombra del viento*. En las primeras ediciones Bogotá aparece como capital de Bolivia. *Los pilares de la Tierra* de Ken Follet está ambientada en la Bretaña medieval y los personajes comen papa, lo que es imposible porque ese tubérculo fue introducido en Europa por Cristóbal Colón.

En ocasiones los errores vienen de otras manos. En *Una tragedia americana* de Theodore Dreiser, publicada en 1925, se dice “abandonándose armoniosamente al ritmo de la música, como dos pequeñas patatas siendo lanzadas sobre un mar agitado pero amigable”. Habían puesto patatas en vez de naves. Pablo Neruda se indignó, según cuenta en *Para nacer he nacido*, entregado a la imprenta en 1978, cuando advirtió que un verso que decía “el agua verde del idioma” lo cambiaron por “el agua verde del idiota”. También cuenta Neruda que el muy meticuloso Javier Altolaguirre publicó un volumen a un poeta cubano engreído y amanerado en el que se cambió: “Yo siento un fuego atroz que me devora” por “Yo siento un fuego atrás que me devora”. Eduardo Galeano vivió triste por las erratas en la primera edición de *La canción de nosotros*, que volvían cursi al texto con enunciados como “Buscavida se para sobre una rosa. De espaldas, al mar, gesticula”. En vez de rosa él había escrito roca.

Un error puede serlo todo y acabar con una edición. *Woman's Day Crockery Cuisine* de Sylvia Vaughn Thomson

apareció en 1977 con una receta que omitió al agua como ingrediente, situación que podía hacer estallar a la leche condensada y romper la tapa de las ollas de presión. Random House volvió a imprimir diez mil ejemplares. En mayo de 2019 el historiador británico Matthew Sweet entrevistaba en el programa radiofónico *Free Thinking*, de BBC Radio, a la feminista estadounidense Naomi Wolf por su nuevo libro *Outrages: Sex, Censorship and the Criminalisation of Love*. Cuando la autora hablaba de las ejecuciones de adolescentes por homosexualidad ocurridas durante el siglo XIX, Sweet comentó que en la terminología jurídica de la época victoriana *death recorded* significaba que los jueces se habían abstenido de emitir la pena capital, que era la forma de condonar una pena. También aclaró que sodomía era un asalto sexual y no un acto consensuado. Wolf expresó su asombro. El editor en Inglaterra declaró que ya se corregiría el argumento en otra edición, pero el editor norteamericano canceló el proyecto.

Varios escritores al ver una errata suben los hombros y pasan esa página. Otros no lo soportan. En 2010, Jonathan Franzen notó durante una lectura pública que HarperCollins había publicado en Reino Unido una versión sin corregir de su novela *Libertad*. Había 50 errores de puntuación y ortografía y la editorial tuvo que volver a imprimir los 80 mil ejemplares de la primera edición y tratar de sustituir ocho mil que ya habían sido comprados. En 2012 María Kodama, la viuda de Jorge Luis Borges, vino a México a presentar *Borges y México*, editado por Miguel Capistrán, y se fijó que incluía una entrevista hecha por Elena Poniatowska al escritor argentino. La entrevistadora afirma que se permitió leerle al entrevistado, a la sazón ciego, dos poemas de su autoría, uno de ellos *Instantes*. Kodama señaló la mentira y dejó caer que ya había aclarado la atribución del poema ante tribunales argentinos. En verdad el poema ha sido frecuentemente atribuido por error a Borges y es de la estadounidense Nadine Stair. Random House, previendo

una demanda, tuvo que reeditar el libro para corregir el error. Fue menos costoso sustituir, por injerto, la página legal de una edición universitaria que decía Coordinación de Disfunción Cultural.

Hay quien no se deja ayudar. Julio Cortázar y Carlos Monsiváis corrigieron para la edición mexicana la novela *Paradiso* de José Lezama Lima que había sido publicada en Cuba plagada de errores en nombres propios y palabras en lengua extranjera. También arreglaron la ortografía y así lo expresaron al poeta indicando que la puntuación se relacionaba con la respiración. Lezama les contestó: “¿Y ustedes qué saben de cómo respira un asmático?” El crítico literario Eduardo Mejía contaba que, cuando mostraron a Felipe Garrido varios errores de fechas en un texto suyo, el escritor contestó que lo que importaban eran las ideas, no la precisión, que eso se lo dejaba a los correctores, si es que los encontraban, o a los lectores, si los advertían.

Al mejor nadador se lo lleva el río o lo que es lo mismo al mejor cazador se le va la errata. En efecto, el mejor escribano echa un borrón. Juan José Arreola y Antonio Alatorre tenían en Guadalajara, Jalisco, una revista literaria llamada *Pan* en cuyo cuarto número apareció un cuento de Arturo Rivas Sáinz con una errataza en el nombre: *El deshaucio*. La pena acompañó a Alatorre toda la vida. La angustia va más allá del compromiso; es cuestión de pudor o amor propio. Martí Soler contaba que en la Imprenta Universitaria, Rubén Bonifaz Nuño y Maruja Valcárcel prepararon un libro escrupulosamente, lo corrigieron y revisaron varias veces para que no tuviera ni una errata. Un día llegó el poeta con el libro y le dijo a Valcárcel “mira, una errata” y ella se desmayó. Era una broma.

Hay errores involuntarios. John Milton quedó ciego y dictaba a sus hijas poemas que no revisaba y que los editores descuidaron. En los versos finales de *El paraíso perdido* se lee “Ellos, cogidos de la mano, con paso lento y errabundo, / iniciaron su camino solitario a través del Edén.” Con

justa razón Stuart Kelly, el autor de *La biblioteca de los libros perdidos*, comenta que dos no pueden estar solitarios.

A veces la errata va en el título del libro como le ocurrió a Alejandro Dumas con *La dama de las camelias* que fue publicada como *La dama de las camellas*; y a Pío Baroja con *La feria de los discretos* que salió como *La feria de los desiertos*. El peruano César Vallejo tenía problemas de lenguaje. Escribía *gualda* por guarda, *cadillo* por caudillo, *delatar* por delantar, y el nombre de su segundo poemario es una errata que muchos juzgan de neologismo. Lo cierto es que cambió varias veces el título, incluso reimprimiendo el primer pliego y los forros. Se llamaba *Sólo de aceros*, *Féretros*, *Scherezando*, *Escalas*, *Cráneos de bronce* y, al final *Trilce*. Dicen que la voz “trilce” procede del número tres porque el impresor cotizó la publicación en tres libras o treinta soles de oro. Otros piensan que la intención era decir *Dulce* o *Triste*.

Los errores hacen que las ediciones suban de precio. La primera edición de 1997 de *Harry Potter y la piedra filosofal* tuvo 500 ejemplares. Para autentificarlos sirven dos erratas: una en la cuarta de forros, donde dice *philospher's* en vez de *philosopher's*, y otra en la página 53, en la lista de útiles del colegio Hogwarts, donde se repite dos veces la palabra varita. El precio de subasta de un ejemplar en 2016 era de 20,000 libras esterlinas. En agosto de 2019 se subastó en 34,200 libras esterlinas. En marzo de 2020 un ejemplar firmado y dedicado a Bryony Evens, gerente del agente literario Christopher Little, y quien fue la primera persona que vio las cualidades de la obra alcanzó las 95,000 libras esterlinas. Otra edición donde el nombre de la autora aparece en la portada interior como J. A. Rowling, del que se imprimieron cien ejemplares, se vendió en el año 2004 por 1,468 libras esterlinas.

Para Groucho Marx, el colmo de la errata era escribir herrata. La peor errata me la comentó alguna vez Hernán Lara Zavala. Es la fe de erratas que tiene a su vez una fe de erratas que aclara que donde dice “dice” debe decir

“debe decir” y donde dice “debe decir” debe decir “dice”. Es un poco lo que le pasaba al músico Johann Sebastian Mastropiero, aquel personaje inventado por *Les Luthiers*, que un día fue elogiado por la más importante columna periodística de su época y a la mañana siguiente la crítica precisó con una fe de erratas: donde dice “su copiosa obra musical” debe decir “su copiada obra musical” y donde dice “de inspiración arrebatada como otros compositores” debe decir “de inspiración arrebatada a otros compositores”.

Errar hasta la muerte

“Tenga cuidado al leer libros de salud. Un error de imprenta lo puede matar” decía Mark Twain. A fe que lo sabía bien porque alguna mañana leyó su propio obituario en el *New York Journal*, periódico al que remitió una carta con su famosa frase: “Los informes sobre mi muerte han sido muy exagerados”.

Cuando en 2018 falleció Stan Lee, el 12 de noviembre de 2018, el periódico neozelandés *The Gisborne Herald* dio la noticia con la fotografía del gran escritor de cómics, pero el nombre del director de cine estadounidense Spike Lee, quien envió un mensaje en redes sociales: “Que Dios bendiga a Stan Lee. ¿A mí? Todavía no. Y ésa es mi ‘aún estoy vivo y coleando’ verdad verdadera. ¿Lo pilláis? Pues eso”. Son vivos desmentidos sobre propias defunciones.

El periodista Salvador Leal se dio cuenta que en diciembre de 2006 apareció en el diario *Reforma* un obituario de la agencia funeraria Gayosso que decía: “La señora Ma. Magdalena Richaud Torres, no fue la perso-

na que falleció. Quien realmente falleció fue la Sra. Ma. de los Ángeles Torres Ulrich". Leal imagina el espanto de quien saludó a doña Magdalena el día anterior. Al anunciar en 1988 el óbito de Hiroshi Yamauchi, el mítico presidente de Nintendo, el *New York Times* se comentó que los hermanos Bros, Mario y Luigi, personajes de videojuego, eran conserjes y después se precisó que en verdad eran fontaneros. Hay una aclaración a una nota esquelética que dice que por error apareció "sucio-fundador de Ambulancias COPA" cuando en realidad era "socio-fundador de Ambulancias COPA".

Ricardo Ollanquindia en el artículo "Las esquelas y los cambios de mentalidad" que apareció en 1998 en el número 30 de *Cuadernos de etnología y etnografía de Navarra* refiere el humor macabro de los duendes de la imprenta. En una nota necrológica del 10 de mayo de 1997 del *Diario de España*, después del nombre del muerto figura: "En la imposibilidad de agradecer particularmente las numerosas pruebas de condolencia y afecto recibidas con tan triste motivo, lo hace por medio de estas líneas". Esa resurrección tipográfica me recuerda el escándalo que se suscitó en un hospital de Costa Rica cuando a un muchacho con muerte cerebral se le llevó a cirugía porque era donador de órganos y tiempo después la familia acongojada recibió de un enfermero una nota que decía que el paciente ya iba a salir del quirófano y pasaría a la sala de recuperación.

Bien dice el escritor y dramaturgo Alfonso Sastre en el "Soneto a la errata" que "de erratas te matan o te mueres". Y es que las erratas y gazapos no perdonan ni a la muerte. Cuando Vicente Blasco Ibáñez murió de bronconeumonía, en enero de 1928, fue sepultado en el cementerio comunal de la ciudad de Menton, en la Costa Azul francesa. En octubre de 1933 sus restos llegaron por barco a su natal Valencia en un desmesurado ataúd, que cargaron veintidós hombres, con herrajes de oro en forma de libro y la leyenda *Los muertos mandan*, una de sus

novelas. El profesor Jesús Saiz del Instituto de Educación Secundaria María Guerrero, escribió en la revista *La buhardilla* que en un periódico local la crónica del cortejo a Blasco Ibáñez decía: "El féretro de nuestro escritor universal iba cubierto por una Señora". Lo que en verdad cubría el ataúd era una señora, la bandera valenciana, también llamada real señora, señora coronada o señora con azul.

Algunos errores han perdurado. En 2015 se colocó una placa en el sepulcro de Miguel de Cervantes Saavedra, en el convento de las Trinitarias Descalzas de Madrid, con una cita de su novela póstuma *Los trabajos de Persiles y Sigismunda* que en la placa aparece como *Los trabajos de Persiles y Segismunda* y, además, con error en el año de edición. Joseph Conrad, el autor de *El corazón de las tinieblas* y *Alma negra* fue enterrado en el cementerio de Canterbury con tres errores en su nombre. El pintor mexicano Gerardo Murillo, el *Doctor Atl*, estudió ampliamente el nacimiento y desarrollo del volcán Parícutín, en Michoacán, e incluso tuvo una lesión por accidente, que se complicó con su tromboangéitis obliterante, que le produjo gangrena y la pérdida de la pierna derecha. Atl tiene un monumento en la Rotonda a los Jaliscienses Ilustres con una estatua, hecha por Miguel Miramontes, a la que le falta equivocadamente la pierna izquierda. En efecto, las estatuas también tienen erratas. La más famosa es El Moisés de Miguel Ángel, que está en la iglesia menor de San Pietro in Vincoli, en El Vaticano, que tiene cuernos porque en el Éxodo se dice de él que tenía una cara de la que emanaban rayos de luz, pero san Jerónimo de Estridón tradujo en la Vulgata que su rostro era cornudo. La palabra hebrea *qāran* significa que resplandecía, pero su raíz es *qrn* que se toma como cuerno. Titivillus se ríe de nosotros. También hay que decir que hay autores que toman en consideración que los hombres renacentistas no serían tan ingenuos y que las protuberancias del Moisés servirían, en su orientación y emplazamiento originales, para producir un fulgor.

En la funebría no literaria o artística también hay erratas. En Bausén, una villa minúscula del Pirineo leridano, bajo un robledal, se halla el cementerio más pequeño de España dedicado sólo a una mujer de nombre Teresa, enterrada allí por haber sido madre sin casarse por la Iglesia. El marido y los hijos se exiliaron durante la Guerra Española dejando atrás al cementerio unipersonal. La lápida dice: “Recuerdo a mi amada Teresa que falleció el 10 de mayo de 1916 a la edad de 33 años”. Un epitafio del panteón municipal de Guadalajara indica: “A mi marido fallecido después de un año de matrimonio. Su esposa con profundo agradecimiento”. En una carretera del estado de México había una cruz que decía: “No te vieron y te vas”. En una lápida de Venezuela se lee “Luchastes hasta el fin” y en otra, que en Chile citan, “descanse en pez”, lo que tal vez se refiera a un marino cuyo barco se fue a pique. Es humor negro, como el que tenía la señora que inyectaba por el barrio de Mixcalco de la Ciudad de México al colocar en su ventana una nota hecha en máquina de escribir: “Sólo lo inyecto a domicilio si va a morir”. Eso me recuerda el letrero de un hierbero que, muy Schopenhauer, señalaba: “Se cura el exceso de enfermedad”.

De limpios, tragones y erratas están llenos los panteones. Muchos escritores de epitafios fueron analfabetas por lo que a veces no son tan ciertos los nombres, las plegarias, elegías, citas bíblicas y letras de canciones que se graban en la piedra de los sepulcros. La tumba de un panteón español tiene esta leyenda: “yo te vendigo vida mía porque nunca me distes trabajos injustos”. Una tumba en Madrid de 1847 puntualiza: “Aquí descansan las frías cenizas de doña Francisca”. En el panteón Sanctorum de la Ciudad de México me impresionaba una pequeña cruz negra que hablaba de un niño muerto y las fechas de nacimiento y muerte llevaban los años 1966-1869. ¿Sería posible? Eso es tan enigmático como el epitafio de Diofanto de Alejandría, el padre del álgebra, que vivió en siglo III. El texto dice: «Caminante, esta es la tumba de Diofanto: es

él quien con esta sorprendente distribución te dice el número de años que vivió. Su niñez ocupó la sexta parte de su vida; después, durante la doceava parte su mejilla se cubrió con el primer bozo. Pasó aún una séptima parte de su vida antes de tomar esposa y, cinco años después, tuvo un precioso niño que, una vez alcanzada la mitad de la edad de su padre, pereció de una muerte desgraciada. Su padre tuvo que sobrevivirle, llorándole, durante cuatro años. De todo esto se deduce su edad.» Una ecuación diofántica.


En España, en 2018, la funeraria tanatorio San José colocó un letrero publicitario en un campo de fútbol que decía: “A muerte con el deporte en Teruel”. En una tienda de flores del panteón de Dolores de la Ciudad de México, durante la década de 1980, tenían un letrero: “Haga que su muerto viva en un jardín”. En otro panteón, los jardineros recordaban a los deudos las cuotas de mantenimiento con un cartelito: “No mate de hambre a sus muertos”. Es como un tríptico de mausoleos que terminaba con un cordial “lo esperamos”. También hace unos años me encontré con un letrero en el panteón Jardines del Recuerdo que hacía que los cabellos se erizaran: “Los muertos que no paguen sus cuotas no tendrán agua”. En otro camposanto un despistado jardinero puso unas como palabras escalofrantes: “No abandone su tumba sin limpiarla”.

¿Una errata puede ser homicida? Lord Byron sostenía: “La menor falta tipográfica me mata” y que, ante ellas, “quisiera que el tipógrafo estuviese atado a un caballo y unido a un vampiro”. A tenor de esa postura, encontramos el aforismo de Enrique Jardiel Poncela, publicado en *Obra inédita. Los textos que quedaron en el cajón*: “Una errata de imprenta es siempre una invitación al crimen”. Juan Ramón Jiménez era tan obsesivo que reiteradamente exclamaba: “Voy a morir algún día de una errata”. El Papa Clemente XI no lo dijo, pero lo hizo. Ante un enorme descuido en su colección de homilías, recién publicadas, murió de una apoplejía. El periodista Tonino del medio digital valenciano *Culturplaza* dice que en la década de 1950 un impresor

francés, Mathurin Lasserre, se suicidó al notar una errata en una edición de lujo de un clásico. En la entrada *Fe de ratas* del sitio web Inciclopedia, se imaginan una fe de erratas mortal: “En la edición del [día] de [mes] de [año], dijimos que la bomba estallaría al sur de la ciudad y que todos deberían ir al norte, lo que se quiso decir fue que la bomba estallaría al norte y todos deberían ir al sur, a los que queden vivos ofrecemos nuestras disculpas y agradecemos su preferencia”. Es como la fe de erratas: “Donde dice salida emergencia, debe decir no es salida de emergencia”. Ha habido fe de erratas en las instrucciones de medicamentos o de instrumental médico, aunque no hemos encontrado algún caso en que se ponga en peligro al público.

Lo primero que muere en la nota roja no es la gramática sino la lógica. La videographista de *Crónica TV*, Anabela Ciarlo cuenta que por la prisa y la reducción del texto de una de las famosas placas rojas del canal argentino se transmitió: “Mueren dos personas y un boliviano”. Otros encabezados nos dejan perplejos: “Pierde la vida y muere”, “Fallecen tres al ser asesinados”, “La autopsia confirma al 100% la muerte”, “El muerto alcanzó a decir el nombre de su asesino y luego murió” o “Fallece por segundo día consecutivo”. Hay en esas líneas ágata personas que mueren para no vivir nunca más, sujetos que mueren para el resto de sus días, individuos que pierden la vida y luego fallecen, defunciones que perecieron, hombres sin vida que dejan escapar su último aliento, muertos que señalan a su agresor, cadáveres que resultan heridos en un accidente, mujeres a las que se les va la vida y luego expiran, difuntos que riñen entre sí, decapitados que declaran, muertos que donan sus órganos, carreteras por las que uno pierde la vida, automovilistas que conducen hacia su tumba o automóviles que apuñalan letalmente.

Fe de erratas



Sabemos de la labor de corrección desde la antigüedad. Marco Tulio Tirón fue un esclavo manumitido que trabajaba con Cicerón como secretario, redactor y encargado del cuidado editorial de sus escritos. También fue Tirón el creador de las notas tironianas, que eran una adaptación del sistema de notas griegas que usaba Jenofonte. Las tironianas son un antecedente de la taquigrafía. A la muerte de Cicerón, Tirón compiló sus obras. Ese cuidado en la fidelidad de los escritos fue más o menos mantenido en el sistema de reproducción ológrafa de libros, pero todo cambió con la industrialización del libro.

Después del Misal de Constanza de 1449, el primer libro tipográfico de la historia, Johannes Gutenberg imprimió *La Biblia* en 1280 páginas sin numerar, a 42 líneas por columna, con 5 millones de tipos, ilustraciones por xilografía y pinturas a mano; con el empeño de darle la apariencia de un manuscrito. Gutenberg había solicitado un préstamo en condiciones desfavorables a su socio

Johann Fust, quien sólo esperó un poco para apoderarse del taller de imprenta y las biblias casi concluidas, trabajo que completó Peter Schoeffer, el aventajado discípulo de Gutenberg y ambicioso yerno de Fust.

La primera errata en un libro impreso aparece en el *Psalmorum Codex* o *Psalterium*, conocido como *Salterio latino* o *Salterio de Maguncia*, publicado el 14 de agosto de 1457 por la imprenta de Johann Fust y Peter Schoeffer. En el colofón aparece *Spalmor(um)* en lugar de *Psalmor(um)*. La primera lista de erratas conocida acompañó la edición de *Sátiras* de Juvenal, impresa en Venecia, a costa de Gabriel Pierre, en 1478. La lista ocupaba dos páginas. Una fe de erratas de la Suma teológica de santo Tomás de Aquino, realizada en 1578 por el dominico Fray García, ocupaba la friolera de 111 páginas.

Por supuesto, antes de la explosión Gutenberg había errores de los autores y otros que se cometían durante la transcripción. Juan Manuel, señor, duque y príncipe de Villena y señor de Escalona, Peñafiel, Cuéllar, Elche, Cartagena, Lorca, Alcocer, Salmerón Valdeolivas y Almenara, escribió en lengua castellana, entre 1331 y 1335, el *Libro de los enxiemplos del Conde Lucanor et de Patronio*. Fue publicado con un anteproyecto donde se advierte “que en los libros contece muchos yerros en los trasladar, porque las letras semejan unas a otras, cuidando por la una letra que es otra, en escrivéndolo, múdasse toda la razón y por aventura confóndesse, y los que después fallan aquello escrito, ponen la culpa al que fizo el libro; y porque don Joán se receló d’esto, ruega a los que leyeren cualquier libro que fuere trasladado del que él compuso, o de los libros que él fizo, que si fallaren alguna palabra mal puesta, que non pongan la culpa a él, fasta que vean el libro mismo que don Joán fizo, que es emendado, en muchos logares, de su letra”.

Tras la Reconquista española y para consolidar los reinos españoles, durante el gobierno de los Reyes Católicos, se emitieron una serie de disposiciones que in-

cluyeron el regular la impresión y distribución de libros. Desde la década de 1480 se necesitó en el reino de Castilla el privilegio de impresión y en la década de 1490 se adoptó la tasa o precio máximo de venta de pliego de cada libro. El 8 de junio de 1502 fue suscrita en Toledo por los Reyes Católicos, Fernando de Aragón e Isabel de Castilla, la pragmática sanción donde se establecen las “Diligencias que deben preceder a la impresión y venta de Libros del reino, y para el curso de los extranjerios”. Esa normativa estableció la obtención de una licencia previa de impresión. Todo libro debía ser revisado y, dado el caso, expurgado o corregido.

La pragmática del 7 de septiembre de 1558 añadió al requisito de licencia real las aprobaciones o censura, el privilegio, la tasa y la fe de erratas. Para la impresión de un libro se debía solicitar su examen y aprobación ante el Consejo Real llevando una copia manuscrita; después se debía presentar el ejemplar impreso, modificado en las partes señaladas por la autoridad para su cotejo con el manuscrito. El original se devolvía con cada plana y cada hoja señalada y rubricada por los escribanos de Cámara y en la parte final se daba testimonio del número de hojas del que constaba el impreso, señalando las enmiendas que hubiere. Al imprimirse el libro, se debía presentar el prototipo editorial autorizado con uno o dos ejemplares del tiro para su cotejo final.

La fe de erratas era, pues, un documento legal que certificaba que el libro estaba corregido, que era copia fiel del original rubricado y autorizado. Ese documento se incluía en las preliminares legales del libro. Fue hasta el siglo XVII que la fe de erratas ocupó un lugar en el método editorial; servía para curarse en salud por los errores detectados tras la impresión. De hecho, la fe de erratas, como documento legal, se fue dejando de usar y, poco a poco, los mismos errores dejaron de tener repercusión. Cuando se publicó, en 1659, *Solemnidad festiua con que en la insigne, leal, noble y coronada ciudad de Valencia se celebrò la feliz*

nueva de la canonización de su milagroso Arzobispo Santo Tomás de Villanueva, de Marco Antonio Ortí y Ballester, “no faltó quien le hizo cargo al Impresor de que en algunos de los cuerpos deste libro se hallan trastocadas dos letras en el título de la instrucción” y que algunos “lo han incriminado como si fuera cosa de importancia”.

Hay erratas muy importantes, a fe que las hay. En 1631, se publicó la Biblia adúltera, Biblia de los pecadores o Biblia malvada porque, en Éxodo capítulo 20 versículo 14, el séptimo mandamiento es “cometerás adulterio”. Se trataba de una copia, que pretendía ser fiel, de la Biblia del rey Jacobo que indignó mucho a Carlos I de Inglaterra y a George Abbot, arzobispo de Canterbury. La edición tenía otro craso error: Deuteronomio 5:24 debería decir: “He aquí, el Señor nuestro Dios nos ha mostrado su gloria y su grandeza”. La Biblia malvada dice: “He aquí, el Señor nuestro Dios nos ha mostrado su gloria y su gran culo”. La palabra *greatness* se cambió por *great-asse*. Haciendo uso de la gravedad española, el monarca comentó cuando se produjo el escándalo: “Conocía el tiempo cuando se tenía mucho cuidado con la impresión, especialmente de Biblias, los buenos compositores y los mejores correctores se ponían serios y sabios, el papel y la carta eran raros”. A los impresores londinenses, Robert Barker y Martin Lucas, se les impuso una multa de 300 libras, toda una fortuna en ese tiempo, y se les quitó su licencia. Trataron de rastrear los mil ejemplares distribuidos o vendidos para quemarlos, aunque algunos de ellos sobrevivieron teniendo en la actualidad un precio astronómico. En 2018 la casa corredora de arte norteamericana Sotheby's subastó un ejemplar por nada menos que 56,250.00 dólares.

La Biblia malvada es quizá el ejemplo paradigmático de las erratas bíblicas, las que surgen durante el proceso de edición y composición por errores de traducción, omisiones o trasposición de letras, números y palabras. La Biblia del abusivo es la publicada por Edmund Becke en 1549. Una nota al pie aconseja que si la mujer no es


obediente y no es capaz de cantar himnos hay que darle en la cabeza. La Biblia de los responsables es la de 1562, publicada en Ginebra, porque pone en el evangelio según san Mateo: “Bienaventurados los responsables del lugar [*place-makers*]” en vez de “Bienaventurados los pacificadores [*peacemakers*]”. La Biblia del incontinente, publicada en Ginebra en 1579, dice que los hombres sembraron higos y se hicieron en los pantalones. En algunas ediciones de la Biblia del rey Jacobo de 1611 tenemos a la coma blasfema cuando su ausencia pone a todos en el mismo costal: “Y también hubo otros dos malhechores [crucificados junto a Jesús]”. Debe decir: “Y también hubo otros dos, malhechores”. La Biblia de Cambridge de 1653 ha sido llamada la Biblia de los injustos porque en la Primera Carta a los Corintios cuestiona: “¿No sabéis que los injustos heredarán el reino de Dios?”. Debe decir “¿No sabéis que los injustos no heredarán el reino de Dios?”. Hay una Biblia de las impresoras, una edición de la del rey Jacobo de 1702, que cambia el salmo 119: “Las impresoras [*printers*] me han perseguido sin causa”. Debe decir “Los príncipes [*princes*] me han perseguido sin causa”. En la Biblia de 1717, llamada Biblia del vinagre, publicada en Oxford viene la “Parábola del vinagre [*vinegar*]” y no la “Parábola de la vid [*vineyard*]”. En una Biblia de 1763 se alaba la necesidad al cambiar un salmo: “Dice el necio en su corazón hay un Dios”, cuando debe decir: “Dice el necio en su corazón no hay un Dios”. Más recientemente, en 1927, una versión de la Biblia dice: “Un hombre no puede casarse con la mujer de su abuela”.

La fe de erratas es llamada por los impresores españoles como tabla de humillaciones y algunos correctores le dicen muro de las lamentaciones. Las erratas son distorsiones, rupturas en el texto. Hay fes de erratas que tienen errores y es posible encontrar una fe de erratas de la fe de erratas. Enrique Jardiel Poncela decía que “la fe de erratas sirve para que el lector que ya ha terminado el libro se dé cuenta de que el libro tenía erratas”. Me parece que

tiene lógica ver que la fe de erratas casi siempre se coloca como un encarte para que rápidamente la pierda el lector. De todos modos, la fe de erratas es un elemento histórico del libro. He llegado a imaginar a un editor tradicional pidiendo a sus diseñadores “urge incorporar otros errores porque la fe de erratas está muy flaca”.

La fe erratas no es lo mismo que la fe de errores que utiliza el periodismo. La fe de errores aparece, por lo general, en la sección Cartas al director e indica la información errónea en el contenido de los periódicos. Por ejemplo, en agosto de 2018 el *New York Times* publicó una fe de errores porque en abril de 1960 uno de sus artículos no incluyó al actor George Liker en la reposición del musical *West Side Story*, conocida en Hispanoamérica como *Amor sin barreras*, en el Winter Garden Theatre de Nueva York. Lo habían mencionado mal como George Johnson. Corregir algo casi medio siglo después no es nada. En octubre de 2013 el *New York Times* publicó la siguiente fe de errores: “Hemos cometido un error –hace 136 años. Fue un [sic] 9 de enero de 1877, en un artículo acerca de un policía que recibió el disparo de un ladrón. El *Times* lo llamó Oficial McDonnell. Su nombre era McDowell”.

Buscando un elixir para la incultura



La máxima casa de estudios del país, la Universidad Nacional Autónoma de México, que como una comunidad de lectura y escritura y como la más grande reserva de autores mexicanos, debería ser el espacio que menos necesita corrección de estilo, que sólo genera manuscritos diáfanos, irreprochables y coherentes, por estar concienzuda y responsablemente revisados. Y no decimos, por supuesto, que la corrección de estilo sea un conjuro a la ignorancia, sino que teóricamente el corrector de estilo de obras académicas no debería dedicarse a enmendar rebuznos sino a apoyar la legibilidad y lecturabilidad de las disertaciones con una pluma fina, una vista aguda, una lectura experta.

En realidad, la UNAM adolece del mal de México: una pésima formación; deficiencia que es producto de un sistema educativo que tiene al sindicato magisterial como lastre. A pesar de que, según el informe de la Organización para la Cooperación y el Desarrollo Económicos, México es de los países con mayor gasto público destinado a la

educación en relación con el Producto Interno Bruto, el Instituto Nacional para la Educación de los Adultos planteó en diciembre de 2015 que de las 88,154,689 personas mayores de 15 años, 30,132,061 tenían rezago educativo; de ellas, 4,443,673 eran analfabetas, 9,611,415 no terminaron la primaria y 16,076,973 la secundaria. Para 2019 los analfabetas habían pasado a ser 3,704,998 personas, aunque 1,3 millones correspondía a hablantes de lenguas indígenas y 2,3 millones a mayores de 60 años. Fausto Alzati, quien fuera secretario de Educación Pública, dijo en 2018 que se ha demostrado por medio de los resultados de las evaluaciones estandarizadas, como es el caso de las pruebas Evaluación Nacional de Logros Académicos en Centros Escolares (ENLACE), Programa para la Evaluación Internacional de los Estudiantes (PISA, por sus siglas en inglés), Exámenes de la Calidad y el Logro Educativos (EXCALE) y el simulador EXANI que más del 80% de los alumnos que las presentan, muestra rasgos propios del analfabetismo funcional, y que se podría afirmar que ocho de cada 10 jóvenes son analfabetas funcionales. Si los analfabetas no consiguen leer o escribir algo simple, el analfabeta funcional no posee las habilidades para desenvolverse personal y profesionalmente. También hay una porción importante de la población que no practica las habilidades aprendidas y tiene, por lo tanto, un analfabetismo de retorno.

Según Camilo Taufic, durante el siglo XIX se instituyó la escolarización gratuita y obligatoria debido a la urgencia de trabajadores alfabetizados que supieran las cuatro operaciones matemáticas básicas para poder manejar una máquina. La educación fue un medio para llegar a la industrialización que a medida que avanzaba producía injusticias. La economía expresaba que más barato era un niño de cuatro años que un cepillo largo para deshollinar las chimeneas industriales. Hay truculentas más que acia-gas historias de menores colgados de alambres para poder manejar una máquina hilandera. Había niños desde los siete años encadenados para trabajar 17 horas diarias

todos los días. La mayor parte de la población padeció una vida mínima, mutilada, sin necesidades o posibilidades. Sin embargo, para los liberales decimonónicos de México la educación representó una etérea liberación aunque nunca se explicó en qué consistía el mejoramiento de las condiciones de vida. Históricamente la alfabetización ha sido vista como fin cuando es un medio.

El Estado mexicano, desde 1824, se erogó la función de educar; pero no hemos sabido, como sociedad, a dónde va el programa educativo nacional, ni tenemos industria suficiente ni intensa actividad cultural. En general, los mexicanos sólo aspiran a vivir del presupuesto, del sueldo o insertarse a una economía de servicios, de taxistas o vendedores ambulantes. Hay además una estructura de pecado, una forma de vida que obliga a la corrupción, a vivir fuera de la normatividad y que ha posibilitado que obtengan plazas de maestros quienes no lo son. Tenemos un país que no lee y que no escribe. En la escuela mexicana se vive una mixtificación que arroja individuos no calificados como obreros pero con aspiraciones a ser profesionales.

La incultura es una característica general entre políticos mexicanos. Carlos Monsiváis se burlaba de los dislates de políticos en una columna que comenzó en la revista *Siempre!* y que después se llamaría “Por mi madre, bohemios”. Una de las sentencias que más recordaba salió de Alfonso Martínez Domínguez, presidente del Partido Revolucionario Institucional, jefe del Departamento del Distrito Federal y gobernador de Nuevo León, quien decía que “El PRI llega a los lugares donde la mano de Dios no ha puesto el pie”. En 2019 la Secretaría de Cultura de México a cargo de Alejandra Fraustro celebró en sus redes sociales que el 5 de febrero se festejaba en México la Batalla del 5 de Mayo. Otra pifia cometió la LXV Legislatura de Veracruz, de mayoría del partido Morena, cuando difundió una imagen informativa que conmemoraba los 92 años del natalicio de un escritor mexicano llamado Francisco García Márquez.

Muchos episodios de ignorancia supina podemos tomar de políticos ofreciendo discursos que no redactaron o defendiendo iniciativas de ley que no leyeron. Quedan en evidencia en las entrevistas banqueteras. Hay tres casos paradigmáticos porque los personajes llegaron a ser presidentes de la República Mexicana: Vicente Fox Quesada del Partido Acción Nacional, Enrique Peña Nieto del Partido Revolucionario Institucional y Andrés Manuel López Obrador del Movimiento Regeneración Nacional. Ellos son prueba de la teoría de las inteligencias múltiples, modelo propuesto por Howard Gardner en 1983, porque entre sus argumentos destaca la ausencia de cultura general y entre sus virtudes la astucia. También son la comprobación palpable del viejo principio democrático de que el tonto del pueblo tiene derecho a votar y ser votado.

En 2002 al entonces presidente Vicente Fox le tocó en suerte hablar durante el Congreso de la Lengua Española en Madrid y aludió a un escritor de nombre José Luis Borgues. El mundo lo corrigió y alguien le explicó quién era Jorge Luis Borges pero no lo aprendió bien pues años después, en 2010, le atribuyó al argentino haber ganado el Nobel de Literatura, precisamente cuando felicitó a Mario Vargas Llosa por haberlo obtenido. Un Fox clarividente había despachado ya otro Nobel en 2007 a Vargas Llosa, aunque en ese momento le cambió la nacionalidad y dijo que era colombiano. Su precognición era, como todo en él, inculta. Fox, además, lo mismo daba nobeles que los quitaba porque en 2010 escribió que la cuenta latinoamericana iba en tres galardonados por la Academia Sueca: Jorge Luis Borges, Octavio Paz y Mario Vargas Llosa. Borges murió sin recibir el Nobel. Tampoco se acordó de Gabriela Mistral, Miguel Ángel Asturias y Pablo Neruda. También su pareja, Martha Sahagún, decía tener un libro de Rabina Gran Tagora cuando era en verdad de Rabindranath Tagore.

Enrique Peña Nieto aseguró en la Feria Internacional del Libro de Guadalajara de 2011 que Enrique Krauze era

el autor de *La silla del águila*, novela de Carlos Fuentes publicada en 2003. No estaba cometiendo más que un pecado de lesa cultura, como llama a esos errores Juan Domingo Argüelles. Muchos más cometió siendo presidente. En la República mexicana que Peña Nieto tiene en mente, Boca del Río, Lagos de Moreno, León, Monterrey, Tampico y Tijuana son estados. Ese geogracidio, como lo calificaría el Tremendo Juez de *La Tremenda Corte*, es sólo un ejemplo de su ignorancia. Lo terrible es la deshonestidad intelectual porque ha sido probado que cometió plagio en su tesis de licenciatura en Derecho, *El presidencialismo mexicano y Álvaro Obregón*, presentada en la Universidad Panamericana.

Ya en 2000, durante un debate entre candidatos al Gobierno del Distrito Federal, Tere Vale se burló de Andrés Manuel López Obrador porque hablaba con faltas de ortografía. Es evidente la falta de sintaxis, prosodia y concordancia en las que el tabasqueño cae una y otra vez, su exageración en apócopes y síncopas: sin embargo, también son numerosos sus errores en historia, economía y física. Según él, México se fundó hace diez mil años sin que alguien le preguntara la fecha precisa; Benito Juárez se casó con Carmelita Romero Rubio, quien en verdad fue esposa de Porfirio Díaz; Hernán Cortés cometió fraude al nombrarse alcalde sin ningún fundamento legal –sin reparar en los fundamentos doctrinarios de la fundación de la Villa Rica de la Vera Cruz y su cabildo y que Cortés nunca tuvo el cargo que le adjudicó–, y, además, que Vicente Guerrero dictó los Sentimientos de la Nación, obra en verdad de José María Morelos y Pavón. López Obrador ha dicho que extraer petróleo no tiene ninguna ciencia y a aerogeneradores de energía eólica los llama ventiladores que producen energía eótica. También su esposa, Beatriz Gutiérrez Müller, en una entrevista para la televisión de la Universidad Autónoma de Nayarit le cambió el nombre al poeta Amado Nervo y le puso Mamado Nervo.

La UNAM como gran correctora

Antología del disparate de Luis Díez Jiménez es una selección de respuestas a exámenes aplicados a alumnos españoles de bachillerato. Fue publicado en 1965 y reeditado varias veces. De él podemos citar que para algún estudiante Quevedo era cojo, pero de un solo pie; Sancho Panza era muy aficionado al vino, las mujeres y las drogas; Frankenstein inventó el pararrayos; Juan Ramón Jiménez se distingue por su amor a la cabra; el asno de Rotterdam es la escultura de un burro célebre que está en Amberes; y la conquista de México fue realizada por dos extremeños: Menéndez y Pelayo.

Sería sensacional tener una *Antología del disparate universitario en México*. Ha varios años en la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM, una de mis compañeras de licenciatura le contestó cándidamente al inolvidable maestro Eduardo Blanquel que no pudo leer a tiempo un libro porque estaba protegido por plástico, es decir que estaba retractilado, lo que fue angustiante en el salón de clases,

porque Blanquel perdió el aliento, e hilarante fuera de él; pero también es una alegoría: muchos de los estudiantes, incluso de carreras de humanidades, no pueden leer bien porque no adquirieron el hábito o tienen una cultura general renca. Un condiscípulo me recomendaba leer varios autores contemporáneos y especialmente a tres españoles muy buenos de los que no recordaba los apellidos: Camilo, José y Cela. Recientemente el lenguaje inclusivo ha vertido excesos y, así como el gobernante de Venezuela Nicolás Maduro, con referencia a material bibliográfico, habló de “libros y “libras”, algunas compañeras utilizan “aulas” y “aulos”, “bibliotecas” y “bibliotecos” y “archivas” y “archivos”. La académica de la lengua Concepción Company Company ha repetido una y otra vez que el género gramatical y el sexo del referente, no tienen por qué coincidir y que el género masculino engloba al femenino, mientras que el género femenino excluye al masculino. No obstante, se escucha decir “abogades”, “arquitectes” e “ingenieres”, que son formas prejuiciadas y desnaturalizadas.

Me tocó en la carrera escuchar en los Encuentros Nacionales de Estudiantes de Historia que Benito Juárez era comunista y cuando algunos replicamos que representaba a la escuela liberal, todo se resolvió en votación y ganó abrumadoramente el comunismo juarista. También se llevó a plebiscito el reconocer el invicto militar de José María Morelos y Pavón, cuando su ejército había sido despedazado por Agustín de Iturbide en las Lomas de Santa María, frente a Valladolid, en diciembre de 1813. Esa misma situación vivió Nathaniel Lee, el dramaturgo inglés del siglo XVII, quien explicaba: “Me llamaron loco, y yo les llamé locos, y, maldita sea, me ganaron por mayoría de votos”. También escuché que esos señores Ortega y Gasset eran unos reaccionarios y que Lucas Alamán era una siniestra invención de José Fuentes Mares.

Recuerdo varias discusiones para definir qué era mejor: *statu quo* o *status quo*, *motu proprio* o *motu proprio* o

mutatis mutandis o *mutatis mutandi*. Los años han pasado y en cuestión de latinajos todos han entendido que es mejor la primera opción en los tres casos. El filósofo Manuel Cazadero tuvo que escuchar de un alumno el argumento de la prueba odontológica de la existencia de Dios supuestamente de santo Tomás de Aquino. Cuando lo supe imaginé un molar o un canino de tamaño fabuloso, aunque también me vinieron imágenes de los traficantes de reliquias medievales, aquellos que vendían los cráneos de san Juan el Bautista niño, san Juan el Bautista joven y san Juan el Bautista decapitado.

Ya en ejercicio profesional, hace muchos años, me costó convencer a un estudioso del derecho que Ignacio Ramírez *El Nigromante* no había escrito *Chin Chin el Teporocho*, en verdad de Armando Ramírez; y que *Bajo el volcán* era una novela de Malcolm Lowry y no un álbum del grupo de rock Caifanes, que cuenta en su discografía con *El nervio del volcán*. Muchos compañeros graduados o por recibirse en Derecho no concebían que existieran títulos como *Para leer el Pato Donald* de Ariel Dorfman y Armand Mattelart –¿cómo van a estudiar a las caricaturas?, me insistían– o que *Mariana Mariana*, película de Alberto Isaac de 1987, haya salido del libro *Batallas en el desierto* de José Emilio Pacheco.

Los problemas que se observan en la lectura se multiplican en la escritura. Diego Rojas Ajmad, quien fue acreedor del premio único de la Bienal de Ensayo Enrique Bernardo Núñez por *Mundos de tinta y papel. La cultura del libro en la Venezuela colonial*, recordaba la torturante frase de su escuela “estos muchachos no cometen errores sino horrores ortográficos”. En los últimos años la Universidad se ha preocupado por facilitar la obtención del título, para que el número de matriculados sea engrosado aunque no suba el nivel académico; pero habría que pensar en un programa de realfabetización de los universitarios. Luis González de Alba narraba en 1995 que uno de sus estudiantes del último semestre de psicología en la UNAM

escribía Sigmur Froy, que para otro el autor de *El llano en llamas* era Pedro Páramo y que otro citaba *Cien años de soledad* de Octavio Paz. Además, en los proyectos de tesis venían palabras como *sublimarón, reforzarón, introyectación*, acentuadas porque acaban en “on”.

Pedro Luis Barcia, director de la Academia Argentina de las Letras, en la 64a. Asamblea General de la Sociedad Interamericana de Prensa que en octubre de 2008 se organizó en Madrid, comentó que hacía diez años los universitarios empleaban una media de 1,200 palabras en su vocabulario y a la sazón el nivel había bajado a 600. Los niveles de lectura y la capacidad de expresión escrita han preocupado a varias universidades hispanoamericanas aunque en la UNAM eso se ve como una herejía porque aplicar un estudio es agredir el dogma de que todo está bien. La verdad es que muy pocos universitarios redactan con lógica y secuencia. Internet ha propiciado el hacer trabajos con tijeras y engrudo o de plano optar por el vil fusil e incluso el refrito. Hay empresas que venden estudios, tesis y tesinas. Existen docentes que no se atreven a escribir e investigadores ilegibles, creadores de crucigramas plagados de adivinanzas, acertijos y suposiciones para el lector, a los que hay que reescribirles los textos.

El panorama intelectual en la UNAM no es desesperanzador, porque con todas sus limitaciones representa un faro en medio de la desolación. La esperanza sobrevive a toda frustración y palpita en las aulas y cubículos universitarios. Ahí está, en el estudiante que se olvida de comer por el gusto de una lectura, en el maestro de asignatura que gasta más en el pasaje a Ciudad Universitaria que lo que le pagan, en el viejo investigador que se divierte en un laboratorio, en la bailarina del Taller Coreográfico que termina la función a pesar del dolor de una contractura sufrida en el escenario, en el trabajador por honorarios que tras un día agotador se pone en la noche a corregir un texto.

La biblioteca y la Universidad son nombres distintos de una misma tradición. Para Umberto Eco una uni-

versidad es su fondo editorial y en ese sentido la UNAM muestra en el sello universitario la vitalidad del diálogo que existe entre personas de varias lecturas y una fortaleza que la ubica como una de las editoriales más importante en lengua española. Comoquiera, la Universidad es un marco de interrelación oferta-demanda de la cultura en dos sentidos. Hay que diferenciar el consumo cultural de la UNAM y el consumo cultural en la UNAM. Su comunidad utiliza los recursos culturales que le son ofrecidos, es decir los bienes, servicios y actividades que conforman una gran oferta cultural. A la par, la Universidad es un medio de producción de cultura y administra su propio patrimonio cultural y sus recintos. Las actividades que lleva a cabo en los campos musical, literario, dancístico, cinematográfico, teatral, editorial, museológico, radial y televisivo, forman parte del referente de las industrias culturales del país. Es la institución que más textos distintos entrega a prensas en el país y la que más traducciones al español realiza.

La UNAM, en promedio entrega a prensa 2,200 títulos de libros de los cuales 800 son digitales. El tiraje global anual de libros excede el millón y medio de ejemplares. La UNAM ha conformado o participado en 600 colecciones y 350 series y ha sacado a la luz más de 400 revistas de las que la mitad permanecen vigentes. Ésa es la enorme labor que requiere todo un ejército de correctores. Si tomamos en promedio que un libro tiene 250 páginas o 375 cuartillas y multiplicamos la cifra por los libros editados por la UNAM tendremos que se leen, corrigen y forman 825,000 cuartillas. Ahora, un libro debe ser leído por un dictaminador, un editor, un corrector de estilo, un corrector ortotipográfico, un corrector de pruebas y por el autor para visto bueno. Tiene que ser leído seis veces o más por lo que si hablamos de lectura profesional en la UNAM se leyeron, por lo menos, 4,950,000 cuartillas.

Los títulos de la UNAM, los históricos y representativos son ensayos académicos principalmente de disciplinas de humanidades y ciencias sociales, pero también

hay textos bilingües, matemáticos, con un fuerte aparato crítico o un amplio estudio iconográfico. No por nada en la UNAM se ha formado la mayor parte de los profesionales de la edición. La UNAM es una escuela de editores, correctores, diseñadores y traductores, aunque no exista la carrera de edición o la maestría en edición. En ella se da la oportunidad para comenzar a acumular la experiencia que solicitan las editoriales privadas para asignarles trabajos. La UNAM tiene correctores de estilo de planta, que son sindicalizados, y la plaza se gana por escalafón, concurso, antigüedad y puntaje otorgado en labores de tipo político como asistir a marchas y plantones. También hay correctores con la categoría de jefe de área y técnicos académicos. El fuerte de la corrección se contrata por fuera aunque hay dependencias que recurren al servicio social.

Existen personas que llevan varios años colaborando con la UNAM y se debería de considerar su inclusión como parte de la plantilla, es decir invitarlos formalmente a integrar la casa. No sólo es injusto dejarlos a merced del mercado donde pueden pasar semanas sin trabajo, tienen que costear los servicios médicos de su familia y ver si es posible ahorrar para su retiro. Hay una conveniencia económica en profesionalizar la actividad, en que estas personas ejerzan su conocimiento experto del idioma de tiempo completo. Es menester que se valore más a los correctores, porque su experiencia, el kilometraje medido en libros corregidos, es más importante aún que el tener un manual de estilo o un libro de estilo. Son bienes de capital humano.

Hablando de manuales de estilo, la libertad de expresión y la libertad de cátedra son cuestiones que han impedido su implantación general en la UNAM. No hay una uniformidad en el uso de abreviaturas, siglas y acrónimos, la redacción de pies de imágenes y gráficas o la citación. El sello editorial universitario es uniforme en cuanto al rigor de su presentación y la atención a las obligaciones jurídico-administrativas de la edición pero no hay trabas del

lenguaje, los universitarios pueden decir lo que quieran y los correctores de estilo deben cuidar que esté bien dicho.

La Universidad es un acontecimiento multicultural. Siguiendo la idea del estado latente de Ramón Menéndez Pidal, existen ciertas actividades colectivas que viven sin manifestarse, que llevan una vida incógnita, sin rastro para el historiador, el gramático o el filólogo; que actúan sin conciencia de lo intemporal e inmemorial. En la vida universitaria que acontece en salones de clases, bibliotecas, laboratorios, museos, pasillos, jardines y espacios virtuales la comunidad universitaria tiene la vigencia implícita de diversas culturas, un complejo de experiencias sistemáticamente articuladas. Si la cultura es uno de los elementos substanciales del concepto de Universidad, por lo tanto debe existir una cultura universitaria y ésta es una cultura letrada. Quienes han pasado por la UNAM han sido transformados y sobre todo han cambiado su comportamiento cultural, por lo que piensan y actúan significativamente. Que ese pensamiento y esa actuación sean dignos de un aplauso o caigan en la perversión, que esos instrumentos tengan un destino noble o fines descarriados, es responsabilidad de cada universitario. En ese sentido podemos hablar de la UNAM como una gran correctora del lenguaje y de la cultura en México.

Espinos y abrojos. Situación laboral de los correctores

En el simbólico año 2000 comenzó a circular una leyenda urbana de un corrector de estilo o revisor de textos que trabajaba para un gran corporativo publicitario y era, como suele ser el paradigma de la profesión, muy metódico. Llegaba puntual y se sumergía en su oficina llena de diccionarios de la que no salía hasta la una de la tarde para comprar en la cafetería un emparedado de jamón y queso. El dependiente, al correr de los años, practicaba la rutina de calentar la vianda a las 13:02 y entregarla a las 13:06. Sucedió un día que el corrector no se presentó en la cafetería, lo que inquietó sobremanera al expendedor, quien preguntó por él a un compañero que justo había visto que las luces de la sala de corrección estaban encendidas y que tuvo la ocurrencia de ir a comentarle al corrector la congoja que su hábito había provocado. Lo encontró muerto. Había fallecido de un infarto 24 horas antes y nadie lo había echado de menos.

Aquel cuento tuvo su correspondencia en la realidad cuando en enero de 2004 murió a los 51 años George Turklebaum en una casa editorial de Nueva York mientras corregía las galeras de un libro de medicina. Hay quien piensa que no había podido leer suficiente texto como para salvar la vida o que no había llegado a la parte que se acoplaba con sus males. Por más de tres décadas el señor Turklebaum había sido el primero en llegar, no salía a comer y se iba el último apagando la luz. Murió un lunes sentado en su mesa en un salón de trabajo sin gabinetes; y sus 23 compañeros no se dieron cuenta de la situación porque el cadáver seguía con los anteojos puestos frente a la misma página del mismo libro. Lo veían absorto o, lo que es peor, ni reparaban en él. Cuando el personal de limpieza del sábado le pidió que moviera los pies se percataron de su estado. Inútil es acotar que no se le extrañó. No tenía vida familiar o social. Hasta se ha cuestionado su existencia.

La Universidad Nacional Autónoma de México cuenta con un Padrón de Imprentas integrado por las empresas autorizadas por el Consejo Editorial de la UNAM –órgano colegiado presidido por el señor Rector–, para brindar servicios de impresión y encuadernación. Una comisión de editores y abogados revisa esas empresas que a veces son contratadas para servicios editoriales de corrección y diseño. La comisión encontró en alguna visita que bajo el hueco de una escalera, cubierto por una desgastada y mugrienta cortina de baño de linóleo, estaba un asfixiante espacio para tres correctores con mesas que apenas cabían en el reducido espacio. Éste es el reflejo del lugar que ocupan generalmente los correctores de estilo en las editoriales. La revista de humor *Mad*, que en México dejó de publicarse en enero de 2010 por problemas económicos, se refería a ellos como “los que ponen los acentos”. Su trabajo es callado, difícilmente bien remunerado y, por supuesto, su nombre no suele lucir ni en páginas legales ni en colofones. Una de las frases recurrentes en libros de lecciones

rápidas para padres primerizos y profesores acobardados es “corrige en privado y felicita en público”, pero las casas editoriales llevan como consignas que los textos sucios se lavan en casa y que elogio al corrector en boca del editor no es vituperio, es una pérdida de tiempo.

Claudia Larraguibel dice en *¿Escribes o trabajas? Una guía de opciones profesionales para el escritor* que un buen corrector de estilo es muy cotizado y puede solicitar mejores remuneraciones, pero la realidad es otra. Es verdad que hay casas editoras y revistas que pagan bien, las hay que pagan muy bien, pero son infrecuentes. Francisco Rodríguez Criado en el post “Opiniones de un corrector de estilo: ¿Cuánto gana un corrector de estilo”, incluido en su blog *Narrativa breve*, contesta la pregunta planteada en el título de su texto con “una mierda”. Ésa es la magnitud aceptada por la mayoría de quienes se dedican a esa profesión. También, a la manera de las greguerías de Ramón Gómez de la Serna, Rodríguez Criado define al corrector como una “persona ceñuda que se ha equivocado de trabajo”. Cuando trabajaba como corrector en una revista política llamada *Orden*, por un asaz simbólico sueldo, un colega me solicitó definir lo que hacíamos y respondí que éramos unos trastornados tratando de cobrar por ejercitar nuestro trastorno.

Tenemos imágenes cotidianas de editores entregando a corrección un texto de 500 o 600 cuartillas y pidiéndolo, con tono condescendiente, para dentro de tres o cuatro días; de llamadas nocturnas para informar que el autor entregó otra versión de texto con la amable petición de que sólo se trasladen las correcciones del material ya casi terminado a esa nueva versión y se trabaje normalmente lo demás; de autores escribiendo con desatención no sólo ortográfica y de sintaxis sino descuidando los nombres de autores y obras citados porque confían en el corrector; de bibliografías que no sólo tienen que ordenarse sino ser completadas; del diseñador que repone unas partes del texto y abre otros huecos o lagunas so pretexto

de la caligrafía del corrector; del administrativo que escatima la tarifa de la corrección porque “siempre habrá quien la haga por menos”; del aplauso que por una buena edición recibe el editor y del reproche a un desacierto que se traslada al corrector; y del contador que hace corrección de estilo al recibo de honorarios del corrector por mera táctica dilatoria de pagos.

Actualmente se vive un cambio de la organización del trabajo y de la empresa, que conlleva estructuras flexibles menos piramidales. Existe la moda de la ética de la empresa. André Comte-Sponville en su obra *El capitalismo, ¿es moral?* ha señalado que se habla de la ética como causa de mejora al clima interno de la empresa y por tanto de crecimiento en la productividad y en la imagen de la empresa y, como consecuencia, del aumento en las ventas y la calidad del producto o del servicio. Es decir que la ética vende. A eso se conoce como markética. Sin embargo, el mundo laboral se va volviendo más impersonal, diríamos amoral. Los antiguos conceptos de patrón y empleado han venido sustituyéndose por los de colaboradores, trabajadores por honorarios, trabajadores autónomos, profesionales libres, *freelance*, *freelancer* o independientes que entregan su trabajo conforme a calendarios de producción.

Según la estimación de la Organización Internacional del Trabajo, con datos del Banco Mundial, 48% de los trabajadores del mundo son independientes, autónomos o *freelancers*. Según la revista *Forbes*, en 2014 un tercio de la población económicamente activa de los Estados Unidos de Norteamérica, 42 millones de personas, eran trabajadores por su cuenta. El informe *Freelancing in America. 2018* realizado por Upwork y la Freelancers Union ratifican que un tercio de los trabajadores estadounidenses son autónomos, pero el Foro Europeo de Profesionales Independientes previó hace tiempo que en 2020 el porcentaje crecería a 50% de la población económicamente activa. En la Unión Europea los independientes son 14.5% de la fuerza laboral. En China, 46.9% de la fuerza laboral es autónoma.

¿Qué pasa en México? La Encuesta Nacional de Ocupación y Empleo en México arrojó como un dramático dato que en el segundo trimestre de 2015 los trabajadores independientes eran 13 millones 472 mil, lo que casi triplica el número de oficinistas que en ese momento sumaban 4 millones 996 mil personas. Los datos de la Encuesta Nacional de Ocupación y Empleo de enero de 2020 arrojan que 60.3% de la población mayor a 15 años es económicamente activa. 96.2% de la población económicamente activa tiene ingresos y de ellos 22.7% trabaja por su cuenta. Según los datos del Instituto Nacional de Estadística y Geografía la Tasa de Desocupación es de 3.7%, la Tasa de Subocupación, es decir las personas que no pueden vivir con su salario, es de 7.5%. Ese concepto no incluye estudiantes, ancianos sin pensión, jubilados y discapacitados. La Tasa de Ocupación en el Sector Informal fue de 27.7%. En México hay, pues, 21 millones de personas que tienen un empleo formal, 15 millones que trabajan con un salario insuficiente para adquirir la canasta básica para su familia y ocho millones desempleadas. Esos números cambiarán para mal tras la pandemia de Covid-19. Comoquiera, según la plataforma de trabajo independiente Workana hay en México 15 millones de personas que trabajan como *freelancers*. 42% son mujeres de entre 21 y 30 años. 85% de los trabajadores libres mexicanos laboran desde casa. Estos datos no son tan alarmantes como el hecho de que la Tasa de Informalidad Laboral fue de 56%. México es un país que vive en una simulación laboral.

Además existen quienes se desempeñan como *freelance* en el lapso que les deja un trabajo que asegura un modesto salario. Para efectos de la estadística son trabajadores que cuentan doble. Llegan de trabajar a su casa e inician una nueva jornada laboral nocturna a costa de su salud. Los trabajadores *freelancers* en la industria editorial son editores, redactores, traductores, correctores de estilo, diseñadores gráficos, ilustradores, fotógrafos, entre otros.

En Internet, día a día más trabajadores *freelance* anuncian sus servicios. La oferta es mayor que la demanda. En 2004 los profesionales que trabajaban de esa manera en tecnologías de información ya representaban 53%. La informalidad crece en varios países. Actualmente existe una tendencia de contratación en Europa bajo el sistema de cero horas laborales, que son contratos de colaboración temporal. Se ha venido reduciendo la edad para el retiro y también se discute la disminución de días y horas laborales.

Hay quien tiene la fortuna de trabajar para empresas cordiales y contratistas profesionales y humanos. El crecimiento personal en esos trabajos es de aquilatarse. Desafortunadamente, en el mercado mexicano encontrarse con una dinámica de ese tipo es difícil, es cuestión de suerte. El pago al freelanceo, como se dice, se refiere no tanto al tiempo laboral sino al proyecto entregado. De hecho, se utilizan personas que brindan su servicio a varias empresas. Las empresas editoriales, por ejemplo, ya no suelen contar con lectores, correctores de estilo, redactores, traductores, ilustradores, fotógrafos y diseñadores de planta, lo que ahorra espacio, consumibles de oficina, mantenimiento de instalaciones y costos del equipo. La seguridad de los trabajadores, es decir sus gastos médicos, el fondo para vivienda y el ahorro para el retiro, corren por cuenta de ellos mismos. También este sistema suprime las prestaciones adicionales, las indemnizaciones, el aguinaldo, el pago de días de descanso y las primas vacacionales.

Vemos que el futuro de los trabajadores asalariados, de manera particular en el mundo editorial, es el teletrabajo que es el trabajo a distancia en el que existe un centro de control y varias personas trabajando desde su casa conectados por medios electrónicos. La pandemia de Covid-19 ocurrida durante 2020 ha mostrado el ensayo de una sociedad digital. Muchos trabajos tendrán que permanecer siendo de conexión digital. El mercado dicta el precio de los servicios de los trabajadores independientes, lo que

hace que quienes cobran barato abaraten el trabajo. De todos modos, en efecto, siempre hay quien puede hacer el trabajo y cobrar más barato. Quienes cobran poco por la corrección de estilo son personas sin experiencia o improvisadas, pero desestabilizan el mercado. También hay empresas que pagan a destajo a sus trabajadores y son una competencia desleal. El *freelance* trabaja cada vez más y cobra cada vez menos.

Los *freelancer* laboran con seriedad, sin protestar ante tiempos apremiantes o disminuciones de pago. Presentan su recibo de cobro y tienen que esperar los procesos administrativos de pago que duran a veces treinta o sesenta días, aunque en algunas instituciones de gobierno la tramitación del pago puede tardar hasta seis meses si no existe una área administrativa eficiente. Los *freelancer* también tienen que cumplir con sus obligaciones fiscales. En México pagan el Impuesto Sobre la Renta, el Impuesto al Valor Agregado y el Impuesto Empresarial a Tasa Única.

Al lado de las nuevas formas de trabajo, tenemos una crisis mundial del empleo. En el informe Tendencias Mundiales del Empleo de la Organización Mundial del Trabajo de 2009 se dijo que la mitad de los trabajadores del mundo tenía un empleo vulnerable. Esto se ha ido corroborando al paso de los años. Otro informe de la Organización Internacional del Trabajo, presentado en enero de 2020, indica que existen 188 millones de desempleados en el mundo, 165 millones no tienen suficiente trabajo remunerado y 120 millones no tienen acceso al mercado laboral. Una de cada cinco personas de la población económicamente activa mundial es pobre. Además, según el documento Tendencias Mundiales del Empleo Juvenil 2020 de la Organización Mundial del Trabajo, entre 1999 y 2019 ha disminuido el número de jóvenes que participaron en la fuerza de trabajo: pasó de 568 millones a 497 millones, a pesar de que la población juvenil mundial aumentó de un mil millones a 1,300 millones. La quinta parte de los jóvenes en el mundo son ninis, ni estudian en es-

cuelas institucionales o adquieren competencias ni reciben ingresos por algún trabajo. Ya lo señalaba Viviane Forrester en su ensayo de 1996 *El horror económico*: “El mercado laboral está menguando y en vías de desaparecer”.

En el mercado editorial mexicano lo normal es que las editoriales paguen en 2020 entre \$20.00 y \$25.00 por cuartilla corregida, aunque esto varía dependiendo de la complejidad del escrito. Algunos proyectos de arte o revistas comerciales llegan a ofrecer entre \$250.00 y \$300.00 por cuartilla. Un corrector experimentado, con presencia en el mercado, tiene una tarifa de entre \$45.00 y \$70.00 por cuartilla. En Internet y en carteles que se pegan alrededor de las universidades se ofrece el trabajo de corrección por un precio de entre \$15.00 y \$20.00 pesos; aunque existen correctores que hacen su trabajo por \$8.00. Estos costos están expresados en pesos mexicanos. El Centro Editorial Versal cobra de \$80.00 a \$150.00 por cuartilla por corrección-redacción o corrección de estilo, de \$15.00 a \$80.00 por cuartilla por corrección de originales, de \$10.00 a \$60.00 por cuartilla por primeras pruebas formadas y de \$13.00 a \$70.00 por cuartilla por corrección de finas o finales. La UNAM en su tabulador oficial de servicios editoriales, aprobado por su Dirección General de Publicaciones y Fomento Editorial, fijó un pago de \$20.00 a \$30.00 por cuartilla para la corrección de originales, según la complejidad; y de \$100.00 para la corrección de textos en idioma extranjero. En la UNAM, la primera lectura de pruebas se paga entre \$14.00 y \$30.00, la segunda lectura entre \$10.00 y \$20.00 y la lectura de pruebas finas y de control entre \$10.00 y \$15.00. Los márgenes de variación tienen que ver con el tamaño de la página formada. Además, la UNAM ha añadido el pago de incorporación de correcciones en procesador de textos: \$6.00 por cuartilla, y en formación, \$6.00 por página.

Hace años la Sociedad General de Escritores de México tenía en su modélico tabulador de cobros de \$60.00 a \$100.00 por cuartilla corregida del original. El Fondo

de Cultura Económica pagaba, durante 2012, a \$17.00 por cuartilla por la revisión de originales, a \$14.00 por cuartilla la primera corrección contra original o lectura de galeras, a \$10.00 por cuartilla la primera corrección ortotipográfica y a \$7.00 por cuartilla la segunda corrección ortotipográfica. El Fondo ha bajado su tarifa y en 2020 paga \$15.00 por cuartilla por corrección ortotipográfica.

También es un problema determinar lo que es una cuartilla. Históricamente la cuartilla es la cuarta parte de un pliego promedio o la mitad de un folio, es decir que es una página de más o menos entre 15.75 y 21.75 centímetros. En tipografía una cuartilla está formada por 28 renglones de 64 caracteres, incluyendo los signos y espacios en blanco. Es decir que una cuartilla tendría 1792 caracteres tipográficos. Eso representa un promedio de entre 210 y 260 palabras. Esa cifra se redondea en 1800 caracteres, incluyendo espacios en blanco, o, considerando el peso de archivos electrónicos, 1800 bytes. Otras fuentes, que toman como referencia a la wikipedia, señalan que una cuartilla es de 1700 golpes mecanografiados o caracteres, esto ha sido aprovechado por algunas empresas mezquinas para pagar menos a sus traductores, correctores y formadores. Esa misma mezquindad tienen quienes hacen su cálculo sin tomar en cuenta los espacios en blanco porque, dicen con la lógica del mercado, esos espacios no se leen. Más allá de esa ruindad, existen editores que abonan por cuartilla intervenida, es decir que si no existen correcciones con borrones o signos de corrección no la pagan. También hay quien hace liquidaciones por número de palabras a la manera que cobran los traductores, pero eso afortunadamente es raro.

Existen otras estafas contra los correctores de estilo. Algunas editoriales vierten el texto en las cajas tipográficas para pagar sólo una lectura de galeras que en realidad es revisión y corrección de todo. Después quieren que los correctores revisen las correcciones aplicadas por los diseñadores. Hay casos de correctores mal paga-

dos que subcontratan a otros correctores peor pagados. Generalmente quienes cobran poco son personas improvisadas avaladas por una buena ortografía; y casi todos los correctores se desempeñan como tales en el lapso que les deja un trabajo que asegura un modesto salario. Conozco, además, personas que corrigen al mismo tiempo seis o siete libros y no se pueden negar a tomar otro proyecto porque necesitan dinero. Al lado de estas cifras, tenemos el caso de entidades de gobierno que llegan a pagar 10 mil o 20 mil pesos por cuartilla a inexpertos familiares o amigos de funcionarios.

Los editores, redactores, correctores de estilo, diseñadores, ilustradores, fotógrafos y traductores que trabajan por su cuenta tienen la ventaja de hacerlo desde la comodidad de su hogar y con plena libertad para manejar su tiempo; sin embargo, cada fin de año ven con cierta melancolía el no estar en una nómina que les permita recibir aguinaldo y evitar las declaraciones de impuestos. Para ellos van estos puntos que sirve tener presentes aunque, de cualquier modo, son inevitables.

Leyes del trabajador editorial freelance

1. No importa cuánto hagas, nunca será suficiente.
2. Quien menos paga es quien más exige.
3. El patrón más difícil no es el que no sabe los procesos editoriales sino el que no sabe lo que quiere.
4. Si existe una manera de complicar el trabajo, el patrón la encontrará.
5. Hay que desconfiar de quien pide siempre un favor "sólo por esta vez".
6. Cuando te desveles revisando un libro para entregarlo a imprenta, el autor mandará una actualización de sus textos.
7. Entre más presteza se observa en entregar un trabajo, mayor es la espera para recibir el pago.
8. Las editoriales más estrictas en acatar los tiempos de entrega de trabajos, son las que más demoran los pagos.
9. Todos los trabajos sumamente urgentes te los pedirán para el mismo día a la misma hora.
10. Los libros urgentes pero bien pagados sólo pueden llegar después de aceptar libros urgentes pero mal pagados.
11. El trabajo más interesante siempre llega cuando no puedes aceptarlo.
12. Los tabuladores de costos no aplican para los parientes y amigos de los funcionarios.
13. Si algo aumenta siempre en el trabajo es la presión.

Coronamiento

Agustín de Hipona, el llamado Doctor de la Gracia, incluyó en *La ciudad de Dios* el argumento *Quid si falleris? Si enim fallor, sum. Nan qui non est, utique nec falli potest, ac per hoc sum, si fallor* (¿Qué hay si te engañas? Pues, si me engaño, existo. El que no existe no puede engañarse y, por eso, si me engaño existo). Podemos también plantearlo como “si fallo, existo”. Equivocarse es existir y lo debemos aceptar con humildad. Bien lo señala la canción *Terapia de amor intensiva* de Gustavo Cerati, Charly Alberti y Richard Coleman, Interpretada por Soda Stereo, que si algo está enfermo, está con vida. Publicar implica la probabilidad y posibilidad de fallar y el proceso de edición intenta, hasta la extenuación, bajar lo más posible esa probabilidad y volver menos probable esa posibilidad. Los profesionales del libro perseguimos fallas, vivimos buscando disipar todas las taras.

La anatomía de la melancolía de Robert Burton, publicado en 1621, es un enorme depósito de historias, entre

ellas la de un tonto que apagaba su vela para que las pulgas que lo torturaban no lo encontraran. Así también, el profesional del libro que no quiera ver erratas propias y ajenas puede apagar la luz y dedicarse a otra cosa. Sin libros no hay erratas. Un vetusto refrán reza que a cada paso, su gazapo. Pero no nos engañemos. El profesional del libro al que no le importen los errores no es un verdadero profesional. Georg Christoph Lichtenberg nos brindó varios extraños aforismos, publicados en 1800, entre ellos uno referido a una mujer que conoció: “Para esa dama la virtud parece consistir en arrepentirse de los errores, más que en evitarlos”. Es posible llevar esa frase a la edición, para persuadirnos en preferir siempre la pulcritud sobre la expiación.

En 977 en el monasterio benedictino de Suso en San Millán de la Cogolla, tierra de la Rioja, un monje se atrevió a escribir notas marginales a los textos de los sermones. Lo hizo en español con algunas palabras en vascuence. Son las llamadas Glosas Emilianenses, el primer surco del español escrito. Mucho le ha pasado a nuestra lengua, nuestro hogar, desde entonces. Se suman palabras, se prueban nuevas expresiones, y algunos han vigilado que esa innovación sea desarrollo y no degradación, han escoltado la corrección que se stampa en el papel o se codifica electrónicamente. Por eso siempre agradeceremos a los invisibles correctores.

DE LIBROS

INVISIBLES

Reflexiones sobre la corrección de estilo

Primera edición 2021 (versión electrónica)

El cuidado y diseño de la edición estuvieron
a cargo del Departamento Editorial
de la Dirección General de Difusión y Vinculación
de la Universidad Autónoma de Aguascalientes.